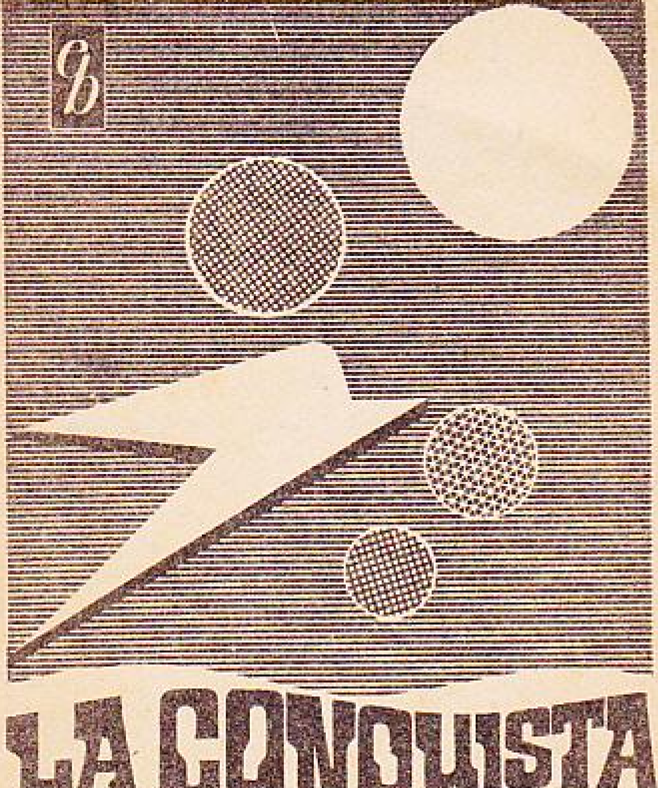


¡A LA CAMA, TERRICOLA!

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

Lewlo



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

RALPH BARBY

¡A LA CAMA, TERRICOLA!

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 412
Publicación semanal

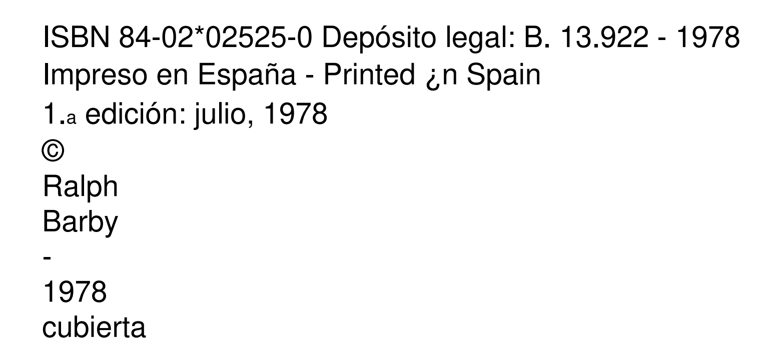


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

407 — Fantasía sobre un cronomóvil, *Clark Carrados*
408 — El poder invisible, *Keith Luger*
409 — Viaje al fondo de la galaxia, *Glenn Parrish*
410 — La última criatura, *Kelltom McIntire*

411 — Enigma cósmico, *Clark Carrados*


ISBN 84-02*02525-0 Depósito legal: B. 13.922 - 1978
Impreso en España - Printed ¿n Spain
1.a edición: julio, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km

21,650)
Barcelona
-
1978

CAPITULO PRIMERO

Floid Atom abrió la puerta que daba acceso al gimnasio de la nave intergaláctica
Cóndor X-1001 y se detuvo. Podía escucharse un ruido rítmico y mecánico.

En el gimnasio al que debían acudir después de cada turno de trabajo estaba la teniente Bruna. Vestía ropa muy ligera y sus piernas descubiertas pedaleaban sobre una bicicleta estática. Sin moverse de aquel reducto recorría kilómetros y kilómetros, por lo menos es lo que indicaba el contador adosado al manillar.

Bruna, percatándose de su entrada, le miró sin decir nada, interrogándole con sus ojos muy grandes, de pupilas azul verdosas.

Desde que le presentaran a Bruna al incorporarse a la dotación de la Cóndor X-1001, le había parecido una mujer fría, terriblemente segura de sí misma, arrogante y hasta so- berbia, aunque este último adjetivo también se podía aplicar a su belleza, una belleza completa.

Cabellos rubios contrastando con su nombre, labios perfilados y algo sensuales, nariz recta algo corta. Poseía unos senos rotundos y el cuerpo se estrechaba en su cintura y vol- vía a hacerse ancho en torno a sus caderas. Luego estaban las atrayentes piernas de piel tersa, de músculos que ahora se tensaban, al pedalear. Bruna había marcado distancias entre ella y Floid Atom y el hombre había aceptado la situación, aunque no comprendía por qué Bruna se mostraba tan fría y despectiva con él.

—¿Qué pasa, Atom, tengo algo extraño encima?

La pregunta arrancó a Floid Atom de su ensimismamiento contemplando la belleza femenina. Dedujo que era mejor no decirle lo que pensaba. Bruna era la única mujer a bordo y todos la trataban con gran respeto.

Se encaró con un levantador de pesas equilibrado con unos contrapesos por si la gravedad artificial fallaba.

Bruna le miró, observando que Floid Atom era capaz de elevar cien kilos sin esfuerzo aparente. Levantaba, descendía, volvía a levantar, aunque en cada ocasión, su respiración se hacía más sonora.

—No está mal —observó Bruna cuando él se detuvo, mientras ella continuaba pedaleando—. Lástima que son fuerzas perdidas.

—¿Perdidas, por qué? —preguntó Floid Atom.

—Eres un civil, ¿no?

—Sí, un civil ingeniero de telecomunicaciones. ¿Es malo eso?

—No, pero un hombre sano, fuerte e inteligente como tú podría ser un buen oficial de la milicia espacial.

—Todos no vamos a ser milicianos, digo yo.

—Sí, claro —aceptó ella—. No entiendo por qué en una tripulación como la de esta nave han dejado incorporarse a dos civiles.

—Quizá para que no os paséis todo el santo día saludando y dando taconazos.

—La disciplina es indispensable.

—Naturalmente, pero sin pasarse. Mira, no quiero discutir sobre este asunto.

Estaban así charlando, pues no llegaban a discutir, cuando se apagaron las luces

generales y se encendieron los pilotos rojos de emergencia mientras sonaba una chicharra.

—¿Qué sucede? —preguntó Bruna, deteniendo su pedalear.

—¡Alarma! ¿Qué puede ocurrir?

—No losé...

Observaron que los resortes de la puerta que comunicaba el gimnasio con las restantes dependencias entraban en funcionamiento cerrando herméticamente, formando compartimientos estancos de cada una de las estancias.

Floid Atom dejó las pesas, se acercó a la puerta y trató de abrirla.

—¿Qué haces?

—No es que sufra claustrofobia, pero no me gustaría quedarme encerrado aquí.

—¡No la abras!—ordenó más que pidió Bruna, molesta—. La han cerrado desde la sala de mando.

—Atención, atención, habla Hankov —dijo el comandante de la nave, un miliciano ya veterano en la navegación espacial—. Hemos detectado una nube de meteoritos errantes que viaja a doscientos mil kilómetros hora. Es posible que sólo sean micrometeoritos y no haya peligro alguno, pero debemos permanecer alerta. Ofrecen un frente casi circular de un millón de kilómetros cuadrados, no será fácil rebasar esta nube de meteoritos que avanzan hacia nosotros en dirección contraria, treinta grados a estribor. Cada cual que se quede donde está. Si sufrimos alguna perforación, el que la sufra que pulse el botón de alarma correspondiente y abandone su sala de inmediato. Todo irá bien, tranquilos y buena suerte.

—¿Lo ves, Atom? Todo irá bien.

—Esperemos que así sea. El gimnasio es la única dependencia que no tiene pantalla de televisión ni hay comida.

—Tenemos agua y duchas —observó Bruna. Se puso a tararear una canción y reanudó el pedaleo como si nada ocurriera.

Floid Atom se apartó de la puerta mirándola de reojo. En aquellos momentos hubiera preferido estar en la cabina de telecomunicación.

Se acomodó en el remador estático y tomando los falsos remos, comenzó a bogar. Estaban con luces rojas de mantenimiento; posiblemente habrían desconectado los circuitos principales para evitar problemas en caso de impacto.

De pronto, se escuchó un ruido que parecía lluvia sobre el tejado

de una casa terrícola.

—Estamos ya en contacto con la nube errante de meteoritos.

El repiqueteo contra el fuselaje de la nave intergaláctica se hizo más intenso. La nave sufrió bandazos, pues la corriente de aquellas minúsculas piedras espaciales que en al- gunos puntos eran simple polvo, pretendían arrastrar la nave consigo, llevársela envuelta dentro de la nube en un viaje eterno.

—Como el comandante no saque la nave de esta nube, vamos a pasarlo mal —rezongó Floid.

El ruido era ensordecedor en aquellos momentos; tenían la sensación de hallarse dentro de un tambor sobre el que estuvieran repiqueteando millares de insectos.

La nave tembló y sufrió fuertes sacudidas; los retrocohetes nucleares habían entrado en acción.

—El comandante trata de sacar la nave de la nube —dijo Bruna, debiendo agarrarse al manillar de la bicicleta estática para no caer al suelo.

—¿No podían haber detectado antes esa nube? —preguntó Floid, malhumorado.

—Habrá fallado algún detector —opinó Bruna.

—Alguien estaría durmiendo, digo yo.

—Una nube de polvo no tiene importancia, hay muchas nubes de polvo en el cosmos. Unas son más o menos estáticas y otras circulan a gran velocidad como esta que nos ha envuelto, pero seguramente sólo tocaremos un extremo de la nube.

—Podría haber hecho un giro virando cien grados a estribor y habríamos escapado de la nube —gruñó Floid.

—Eso hubiera representado retroceder —protestó Bruna.

—Hay ocasiones en que lo más sensato es retroceder. Perder unas docenas de horas en el viaje, no hubiera sido ningún desastre.

—El comandante sabe perfectamente lo que ha de hacer y ningún civil tiene que venir a darle consejos. ¿Cuántas naves espaciales has pilotado, Atom?

—Ninguna, pero hay cosas que son tan simples que un niño las deduciría.

—Vaya, pues nos ha salido un niño precoz —objetó despectiva.

—Esperemos que en el interior de la nube los meteoritos sigan siendo de simple polvo espacial y no se vuelvan grandes como puños, porque si son verdaderas piedras errantes, lo vamos a pasar muy mal.

Apenas, había pronunciado Floid Atom aquellas palabras cuando la nave sufrió varias sacudidas. El ruido de los impactos fue infernal, tenía como una mezcla de chirridos y crujidos.

—Tocados —espetó Floid.

Bruna palideció aunque su palidez no podía notarse a la tenue luz roja. Se daba cuenta de que el fin podía llegar en cualquier instante. Las paredes del gimnasio podían verse ho- radadas de parte a parte en Cualquier momento por meteoritos que la cruzarían a gran velocidad, perforando cuanto hallaran a su paso como auténticos proyectiles bélicos.

—¿Crees que se está destruyendo la nave? —inquirió la mujer dejando de pedalear en la bicicleta estática.

—Tenemos luz. Probaremos por el llamador cuando esto termine.

—Si es que termina —suspiró la astronauta, ya pesimista.

Los espeluznantes chirridos y las sacudidas de la nave cesaron y todo volvió a ser normal. Debían haberse alejado ya de la nube de meteoritos errantes, aunque resultaba difícil saber cuál era la

dirección que ahora llevaban. El rumbo sólo podía conocerse desde la sala de mando de la Cóndor X- 1001.

—¡Uf! —respiró Bruna, más tranquila al ver que todo parecía normal.

—Creí que no lo contábamos —opinó Floid. Abandonando el remador fue hacia el teléfono y lo descolgó. Aguardó, escuchando un pitido continuado.

—¿Qué sucede? —inquirió Bruna, enarcando las cejas.

—No lo sé.

—¿No contestan?

—No.

Insistió pulsando varias veces el botón llamador, mas la línea seguía ofreciendo un

constante pitido. Al fin, colgó.

—Deben estar en otra parte, no habrán oído la llamada.

—Eso será, pueden estar en otra sala. Con lo que hemos recibido, seguro que los meteoritos han causado avenas en la nave que deberán ser reparadas.

—No queda más remedio que ir a ver lo que sucede.

Floid Atom se acercó a la puerta sobre cuyo dintel aún no se había encendido el piloto verde. Seguía rojo, advirtiendo que aquella puerta no debía abrirse.

—¿Se habrán olvidado de nosotros? —gruñó Floid.

—No lo creo, habrá alguna emergencia más importante —trató de suavizar la bella
Bruna.

—Pues lo que es yo, salgo de aquí para ver qué ha pasado.

Floid comenzó a quitar los resortes manualmente pese al piloto rojo. Comenzaba a abrir la puerta cuando se produjo un fuerte silbido que puso frío en las raíces de los cabellos de ambos.

—¡Cierra, se está despresurizando, nos quedaremos sin aire! —gritó Bruna.

Floid Atom empujó la puerta con toda su fuerza mientras Bruna saltaba hacia él y cerraba los seguros del aislamiento hermético. Al fin, quedaron como antes. El piloto rojo continuaba encendido, advirtiendo qué estaban incomunicados y aislados, que aquella puerta no podía abrirse.

—Estamos perdidos, Bruna.

—¡No es posible, ellos vendrán a rescatarnos!

—¿Ellos, quiénes?

—Los demás...

—No quiero ser agorero, Bruna, pero mucho me temo que hemos quedado solos en una nave destrozada, vagando por el espacio sideral, sin saber hacia qué rumbo y metidos en el gimnasio sin alimentos. Ni siquiera sabemos cuánto tiempo de aire respirable nos queda.

—¡No es posible, no es posible! —exclamó Bruna, negándose a aceptar la dura realidad que les enfrentaba a una muerte segura. El plazo de tiempo que les quedaba de vida resultaba difícil de adivinar.

—La nave ha recibido los impactos de los meteoritos, el fuselaje habrá quedado perforado y se habrá producido un vacio rápido. El aire habrá sido aspirado por el cosmos y nuestros compañeros de viaje no habrán tenido tiempo de ponerse a salvo.

—Pero, seguimos teniendo energía...

—Si los meteoritos no han afectado a los motores ni al sistema de fluido eléctrico, éste puede seguir funcionando perfectamente e incluso el agua.

Corrió hacia el lavamanos, abrió el grifo y se produjo un siniestro gorgoteo que a Floid Atom le resultó horrible. Luego, vino un silbido que ya conocía. Era el aire del gimnasio que fatalmente quedaba succionado por el propio grifo del agua.

Floid se apresuró a cerrarlo y se volvió hacia Bruna que le miraba interrogante.

—No hay posibilidad de tener agua. Las cañerías habrán quedado destrozadas y el agua habrá sido succionada por el vacío exterior. Y después de chuparse el agua, si abrimos el grifo, nuestro aire se marchará también por la tubería hasta el punto destrozado y de allí hacia los agujeros del fuselaje. Si abrimos ese grifo o la puerta, nuestra muerte será

segura por un vacío absoluto.

—Estamos perdidos, sin alimentos. ¿Crees que el purificador del agua funcionará?

—Si no nos morimos por asfixia, pronto lo sabremos, aunque de todos modos, aunque funcione, lo único que conseguiremos es una agonía más larga. Después de todo, estamos condenados.

—¡No es posible, no puedo creerlo, los demás estarán ahora reparando averías!

Bruna corrió hacia el teléfono y volvió a descolgarlo llamando con insistencia. Mas, siempre el maldito pitido como respuesta.

—Queda una forma de averiguar si no estamos solos.

—¿Cuál?

Floid Atom cogió una de las pesas para hacer muñecas y acercándose a la pared, golpeó con ella. Esperó atento, ambos quedaron en tensión, mas no hubo respuesta y Floid Atom repitió la llamada. Después, vuelta a esperar.

—No hay contestación, Bruna. Este ruido debe haberse transmitido por toda la nave y si no responden con golpes similares es que no hay nadie vivo excepto nosotros.

Las piernas desnudas de Bruna temblaron y arremetió contra una de las paredes, golpeándola con las palmas de sus manos. Floid la dejó hacer y cuando la mujer comenzó a doblar las rodillas, acercándose más y más al suelo, Floid la cogió por los hombros.

—Es inútil desesperarse, hay que aceptar las cosas como son.

—Siempre creí que no tendría miedo a la muerte, pero ahora tiemblo ante una agonía que será larga, sin agua ni alimentos, y no sabemos hasta cuándo resistiremos con el aire que tenemos.

—Cada compartimiento tiene su sistema de aireación propio. Si no se han destruido el compresor y el purificador, no nos faltará aire.

—Se habrá escapado todo por los agujeros que tenemos en el casco de la nave.

—No, todo no. Ya te he dicho que cada estancia tiene su sistema de aireación propio y las válvulas de las tuberías, cuando hay una succión rápida, se cierran automáticamente, impidiendo que escape todo el aire del tanque compresor.

—¿Crees que nos quedará todo el aire que necesitemos?

—Es posible, pero, desgraciadamente, hemos quedado encerrados en el peor compartimiento, precisamente en el gimnasio, el único lugar donde no existen medidores, ventanas al exterior ni pantalla de televisión. Desde aquí no podemos controlar nada, absolutamente nada, y si queremos llegar adonde están los alimentos, hay que salir de aquí y eso es imposible. Abrir la puerta significa la muerte.

—La muerte rápida —puntualizó Bruna—. Si nos quedamos

quietos, será la muerte
larga.

—Desgraciadamente, así es. Estamos atrapados, sin ayuda exterior.

—Si pudiéramos llegar adonde están los trajes de supervivencia espacial —observó
Bruna.

—Eso es imposible, están muy lejos del gimnasio y no podemos abrir la puerta. Si por lo menos tuviéramos alguna pantalla con la que poder ver las otras estancias y así poder valorar mejor los daños...

Se produjo un silencio tenso y prolongado. Ambos permanecieron muy atentos pero no se oía nada, absolutamente nada. Los motores debían estar detenidos, viajaban por el

espacio sideral gracias al impulso que llevaban.

—¿Y si alguien estuviera como nosotros? —preguntó Bruna.

—Habría respondido ya a nuestros golpes con otros.

—Quizá no los ha oído.

—Seguro que sí.

En su desesperación, Bruna no se dio por vencida. Cogió la pesa y golpeó con ella la pared metálica. Floid la dejó hacer; era preferible que desahogara toda su desesperación y terminara relajándose.

Floid lanzó una mirada cargada de odio al grifo mientras Bruna dejaba de golpear, comenzando a sollozar y volviendo a sentarse en el suelo. Floid se le acercó.

—Me gustaría poder hacer algo, Bruna, pero desesperarse tampoco ayuda nada.

—No quiero morir así, no quiero. ¡Por favor, Floid, por favor!

—¿Qué?

—¡Mátame!

—¿Cómo?

— ¡Que me mates, yo soy incapaz de suicidarme!

Floid quedó frente a frente con el rostro de la mujer que durante todo el tiempo se había mostrado tan fría y arrogante. Ahora, los ojos femeninos estaban muy abiertos y el miedo bailaba en las pupilas verde azuladas.

—Hay que aguantar hasta el final, Bruna. Nunca se sabe y suicidarse por miedo a morir es una idiotez.

—Temo a las agonías largas y sé que sufriremos la tortura de la sed. ¿Es que no te das cuenta?

—Sí, me doy cuenta, pero hay que aguantar, siempre puede ocurrir la más extraña sorpresa. Quizá haya alguien herido o dormido y despierte dentro de una hora, dos o qui- zá varias. ¿Quién sabe? Alguien puede haber recibido un golpe y tardar en despertar, es una posibilidad o tal vez sólo un deseo, pero aquí dentro del gimnasio, sin poder comunicarnos con nadie, ¿qué sabemos de lo que ha sucedido afuera?

—¿Crees que quedará alguien más con vida?

La pregunta de la mujer era casi una súplica, pero Floid no era capaz de mentir ni aun viendo como había cambiado Bruna en tan corto espacio de tiempo. Ya no le llamaba Atom, sino simplemente Floid; ella buscaba en el hombre una fortaleza para resistir, quizá porque observaba que él no se desesperaba, que se mantenía frío.

—No lo sé, hay que confiar.

—¿Y si no?

—Alguien dijo una vez que el tiempo lo arregla todo.

—No se refería a una situación como ésta, indudablemente.

—Ya lo sé, pero ¿qué quieres que te responda? Sé lo mismo que

tú.

Bruna comprendió que no servía de nada continuar hablando y apoyó la cabeza contra la pared. Miró las luces piloto, eran rojas como la del dintel de la puerta. Apenas iluminaban, pero ya los ojos de ambos se habían acostumbrado a la penumbra. La luz normal no regresaba; ya nadie accionaría los resortes que devolvieran el fluido a todo el sistema eléctrico.

Floid Atom sintió deseos de aplicar sus orejas a las paredes y al suelo para buscar algún

ruido por insignificante que éste fuera y tratar de identificarlo; se contuvo, porque si él actuaba en la forma que deseaba, Bruna se pondría más nerviosa.

Había que esperar a que se relajara, que superara los primeros momentos de desesperación previendo una agonía larga.

Pasaron los minutos, no supieron cuántos, ninguno de los dos llevaba reloj. Sólo llevaban puestos los trajes de deporte, es decir, una insignificante indumentaria, la ropa más absurda para estar viajando por el espacio sideral sin rumbo.

—Floid...

—¿Sí?

—¿Me prometes una cosa?

—Si puedo prometerla —respondió ambiguo.

Cualquiera, oyéndole hablar, no habría supuesto que se hallaba en una situación tan desesperada, una situación que les llevaba a la muerte. Se encontraban como podían haber estado en el medievo los reos condenados y encerrados en una mazmorra cuyas llaves se han tirado, olvidándose de darles agua y alimentos; quizá la única diferencia fuera que ellos podían practicar deporte, su habitáculo estaba limpio y no había ratas.

—Si llega el momento final...

—No pienses en eso ahora.

—Floid, escúchame, por favor.

—Está bien. —Le puso la mano sobre la pierna y ella no la apartó.

—Dicen que en determinadas circunstancias las mujeres resistimos más que los hombres...

—Es posible.

—Yo no quiero quedarme aquí sola, sola con...

—Dilo de una vez. ¿Con mi cadáver al lado?

—Sé que es muy cruel lo que digo, pero si te das cuenta de que te acabas, mátame primero.

—No, no haría eso, aunque sea por egoísmo.

—¿Por egoísmo?

—Claro, porque entonces me quedaría yo solo con tu cadáver.

—Sí, pero no tendrías miedo ante una situación así, ¿verdad?

—Es muy difícil prever cuándo se tendrá miedo o no. Cuando uno espera tener miedo ante una situación determinada, frente a un arma que le va a matar, se enfría por dentro y no tiene miedo o por lo menos no lo parece; en cambio, otros están seguros de no temer a la muerte y luego se derrumban. Los terrícolas no somos siempre iguales; en cada momento distinto nos podemos comportar de una forma también diferente.

—Pues si tú mueres, abriré el grifo o la puerta y será más rápido.

—Cuando yo muera, ya no podré impedirte nada. No pienses en eso ahora, no te amargues. No tenemos alimentos ni agua, no tenemos comunicación, no sabemos qué rumbo llevamos ni en qué tanto por ciento está destruida nuestra nave, pero aún tenemos aire y luz. ¿Te parece poco?

—Tengo frío, Floid. ¿Se habrá estropeado la calefacción?

—No creo, pero acércate más. Abrazados tendremos menos frío.

Rodeándola con su brazo, la apretó contra sí. Ella se dejó oprimir y buscó con la cabeza

el cuerpo del hombre. Cerró los ojos y como si fuera el fin de una crisis, comenzó a respirar fatigosamente.

Floid Atom la miró y tocó con sus dedos aquellos cabellos rubios que tanto le gustaban desde que los viera por primera vez. Le había herido la distancia que ella le marcara durante todo el tiempo y ahora la tenía junto a él buscando su calor viril, dormida como una niña desvalida que busca protección y al hallarla cree que ya puede descansar tranquila, mas la muerte seguía viajando por el espacio sideral.

CAPITULO
II

Habían pasado varias, resultaba difícil precisar cuántas y el aire había seguido renovándose en el gimnasio aunque con una peculiaridad negativa. La temperatura había aumentado lenta pero progresivamente, grado a grado, y podía decirse ya que el ambiente era caluroso.

Bruna se había calmado al paso de. las horas; parecía haber aceptado aquella situación que iba a conducirles irremediablemente a la muerte. Atrapados en el gimnasio, no tenían escapatoria. El resto de la nave debía estar destruida, es decir, la atmósfera artificial, porque muchos de los sistemas automáticos seguían funcionando, lo que no sabían es por cuánto tiempo.

—Si tuviéramos un poco de agua —se lamentó Bruna, sentada en el suelo. Su frente estaba perlada de sudor.

—Hay que hacer algo y, la verdad, no sé el qué. Esto es una ratonera.

—Ya sabemos que no hay nadie vivo; si quedara alguien, habría dado señales de vida.

—Es verdad —admitió Floid Atom.

Cansado, tomó la pesa y volvió a golpear, esta vez contra el grifo para que el ruido se transmitiera por las tuberías.

Pegó el oído al propio grifo y esperó mientras Bruna le observaba. Insistió dando golpes y tampoco hubo respuesta.

—No hay solución, Floid. Moriremos sin remedio, estamos encerrados aquí para toda la eternidad. Se consumirá la batería nuclear que alimenta la luz y el compresor y todo se apagará, quedará helado. Nuestros cuerpos, también helados, parecerán de cristal y así, por siglos y milenios terrícolas, perdidos en el tiempo, sumergidos en extrañas dimensiones. No podremos escapar a este destino. Todo astronauta está expuesto a este fin, pero siempre pensamos que a nosotros concretamente no nos va a ocurrir.

—Quizá algún asteroide errante nos destruya a su paso, coincidiendo con su ruta, o seamos captados por la órbita de algún extraño planeta que poco a poco nos atraiga hacia su masa para incrustarnos en su superficie; eso siempre que no tenga atmósfera densa, porque en ese caso nos desintegraremos con el roce.

—Sí pudiéramos enviar algún mensaje que fuera captado por alguna otra nave en viaje.

—No hay posibilidad de enviarlo desde este gimnasio. —Se arrodilló junto a Bruna, muy cerca de su rostro, y dijo—: Te quiero.

—¿Qué? —preguntó extrañada, como si acabara de oír algo incongruente.

—Que te quiero, desde que te vi me gustaste. Ya sé que nuestra situación no es nada romántica, pero si me muero me voy a quedar sin decírtelo. Me gustas mucho, Bruna, te deseo.

—Por favor, calla.

—¿Qué inhibiciones, qué freno puedo tener ahora para callar lo que pienso, lo que deseo?

—Ninguna, pero...

—Tú, como tantas mujeres, tienes la idea fija de sentirse atraída por un uniforme militar.

—Un miliciano es...

—Un hombre como otro, ni más ni menos. Cada cual su profesión, todos somos indispensables e iguales en el fondo. A mí me gusta la ingeniería de telecomunicación.

—Un miliciano está dispuesto a luchar y a dar su vida en defensa de su bandera.

—¿Y crees que yo, porque sea civil, no voy a hacer lo mismo?

Ella escrutó su rostro. Suspiró, acercó su mano a la mejilla del hombre y lo acarició.

—Sí, creo que sí. Estamos condenados a morir juntos, ¿Por qué pelearnos ahora?

—Exacto, en vez de pelearnos podemos hacer otra cosa.

—¿El qué?

—El amor.

—¿Cómo?

—¿Te asusta la palabra?

—No, claro que no me asusta, pero...

—Somos una pareja, un hombre y una mujer supervivientes de una catástrofe espacial.

¿Qué mejor cosa podemos hacer que el amor antes de morir?

—¿Y de qué servirá hacer el amor si luego no habrá fruto de ese amor?

—Es que no forzosamente ha de haber fruto. Si de este modo nos comunicamos con todos los sentidos de nuestros cuerpos, será válida esta unión.

—A mí no me gusta hacer el amor libre. Soy mujer de una sola pareja.

—Yo no te pido que vayas con ningún otro y me pongas cuernos. Después de todo —

miró en derredor, irónico— tampoco

podrías condecorarme.

—Por la guasa que te gastas nadie diría que estamos condenados a morir de inanición o quizá la muerte nos llegará por el calor excesivo. Nos coceremos vivos aquí dentro; la refrigeración no funciona bien, debe haber alguna avería en el sistema de ventilación y el aire se está recalentando o quizá hay algún incendio en un lugar de la nave que nosotros ignoramos.

—Olvida todo eso.

—Floid, si tú quisieras tomarme entre tus brazos y hacerme tuya, yo me sometería porque no podría impedirlo, pero ¿de qué te serviría?

—Para que nos pudiéramos amar antes de...

—Sé bueno y espera.

—¿A qué?

—Un poco más, ¿quieres? —casi suplicó ella sabiéndose indefensa ante el hombre, sabiendo que él podía hacerlo en cuanto lo deseara—. Deja pasar más tiempo, que me haga a la idea.

—De acuerdo, moriré sin hacerte el amor —refunfuñó.

—No te he dicho que no, sólo te he pedido que esperes.

—¿Para qué, si tú no lo deseas?

—Perdóname, es que estoy asustada, claro que si quieres podríamos jurarnos fidelidad.

—¿Una especie de casamiento?

—Sí, juntar nuestras manos y jurarnos fidelidad. Yo me sentiría unida a ti hasta la muerte.

—¿Eso te tranquilizaría, te quitaría la tensión?

—Sí.

—A pesar de todo, ahora soy yo quien dice que no.

—¿Por qué?

—Mira, Bruna, el amor es comunicación total entre un hombre y una mujer y tú todavía estás demasiado pendiente de ti misma. No habría comunicación entre los dos, sólo sexo. Olvida lo que te he dicho.

Se apartó de ella. Tomó de nuevo la pesa y, malhumorado, arremetió contra la pared, fue un solo golpe. Después, arrojó la pesa lejos de sí. Apenas habían pasado unos segun- dos cuando se escuchó otro golpe. Bruna y Floid quedaron quietos, expectantes.

—Floid, ¿Has oído?

—Sí, un golpe.

Bruna se levantó y miró hacia la pared por donde creía había llegado el ruido que acababa de sorprenderles y que les llevaba esperanza.

—No estamos solos, Bruna —dijo Floid.

Acercándose a la pared, la golpeó ahora con el puño, mas le pareció que el golpe había quedado como ahogado. Buscó algo metálico y tuvo que recurrir a la pesa que había lanzado lejos de sí. Con ella en la mano, volvió a golpear y esperaron.

A Bruna se le antojó que el tiempo se hacía eterno. El sudor, lo mismo que a Floid, le empapaba el rostro, había aumentado el calor.

—No hay respuesta —observó Bruna casi con desesperación.

—Quizá ha sido algo que ha caído fortuitamente.

De pronto, la pared comenzó a calentarse. Estaban lejos de la puerta que daba a otra pared distinta.

—¿Qué sucede, Floid?

Floid Atom aproximó su mano a la pared y notó que ésta abrasaba. Retrocedió, cogiendo a Bruna.

—Atrás, atrás... Sucede algo extraño, la pared se está recalentando, ignoro por qué...

Retrocedieron a una distancia prudencial, viendo que la pared se calentaba porque podían verlo con sus propios ojos. La pintura se quemó, ennegreciéndose. Después, la pared se puso roja y en medio de un humo que les hizo toser, se abrió un agujero de casi dos metros de radio al caer hacia delante la plancha chamuscada, posiblemente impulsada por una patada.

—¡Floid!

Agarró a la mujer con sus manos al ver que dos figuras extrañas irrumpían en el gimnasio.

Eran sendos seres embutidos en trajes de supervivencia espacial y apenas se les podía ver parte del rostro. El yelmo les protegía y los ojos extraños, blanco azulados en la esclera y púrpura brillante en las pupilas, eran más grandes que los de la propia Bruna.

—¿Quiénes sois? —preguntó Floid.

Los dos seres iban armados con unas armas desconocidas para los terrícolas, armas que debían haber empleado para horadar la pared.

Uno de aquellos viajeros del espacio que acababan de irrumpir en la nave sin que Bruna ni Floid supieran cómo, apuntó hacia la bicicleta estática. Pulsó un botón del arma que portaba y brotó un rayo rojo que impactó en la bicicleta de gimnasia. Esta desapareció materialmente, quedando en el suelo unos goterones de metal fundido.

—Creo, Bruna, que quieren darnos a entender que es mejor que obedezcamos o nos sucederá lo mismo que a esa bicicleta.

—¿Y qué nos harán?

—No lo sé. De todos modos, si ellos no aparecen, hubiéramos muerto.

—Terrícolas, vuestra nave está destruida, sólo quedáis vivos vosotros dos, los demás están muertos —les dijo una voz que a Floid Atom le pareció femenina.

—¿Cómo habéis llegado hasta este gimnasio si la nave está despresurizada?

—Todos los compartimientos no están despresurizados, por eso hemos abierto un agujero en la pared. De entrar por la puerta, ahora estaríais muertos.

—Es cierto —admitió Floid—. ¿Quiénes sois?

Los dos extraños seres del espacio no parecían tener prisa en responder. Al poco apareció un tercero, lo que obligó a Bruna a preguntar en voz baja a Floid:

—¿Cuántos habrá?

—No lo sé.

El que acababa de llegar traía consigo los equipos de supervivencia que correspondían a la pareja.

—Poneos vuestros trajes, vamos a abandonar esta nave. Ya no sirve para nada, es chatarra del espacio.

Bruna interrogó a Floid con la mirada y éste dijo:

—Es mejor que les obedezcamos. Después de todo, han venido para salvarnos.

Se pusieron los respectivos traje^ de supervivencia, ayudándose mutuamente para ajustar bien las junturas. Ya concluida la operación, uno de los extraños se acercó al grifo del agua. Lo abrió y, de inmediato, se produjo un silbido cada vez más y más fuerte.

Fue luego hacia la puerta del gimnasio y la abrió. Algunos objetos volaron por el interior de la estancia hacia la puerta, mas no tuvieron fuerza para alejarse por ella. Toda la atmósfera había sido ya succionada.

—Caminad, terrícolas —ordenó el que parecía jefe del grupo de tres y cuya voz a Floid le parecía feminoide.

Abandonaron el gimnasio pasando por distintas dependencias y pudieron ver los destrozos causados por los meteoritos que habían perforado el casco de la nave. A través de los agujeros se divisaba el espacio infinito con sus miríadas de estrellas punteando un cielo negrísimo y mate, como carente de fondo.

Bruna agarró un brazo de Floid al ver una mano saliendo por una puerta. Era uno de sus compañeros que había hallado la muerte en la terrible

lluvia de meteoritos.

Pasaron junto a la cabina de mando y Floid Atom no pudo resistir el imperioso impulso de introducirse en ella, para lo cual abrió la puerta, apartándose del grupo.

En la cabina encontró el cadáver del comandante, con las manos crispadas sobre el panel de botones de mando. El cuerpo no había salido despedido porque estaba sujeto con los atalajes de seguridad a la butaca. Uno de los cristales estaba roto y ofrecía un agujero al exterior que atraía.

—Todos están muertos, terrícola.

Floid clavó su mirada en el panel de telecomunicaciones. Ante aquel panel se había pasado muchas horas y lo conocía tan bien como la palma de su propia mano.

Botones de todas clases, pilotos de control rojos, azules, verdes.

Cada uno de ellos

significa una cosa distinta, también la pequeña pantalla de televisión y un pulsador que ponía en marcha una cinta magnética de petición de socorro.

Aquella cinta estaba conectada al cerebro electrónico central de la nave y enviaba un mensaje de socorro y al propio tiempo ponía en marcha el registro de constantes de vida del interior de la nave, también velocidad y rumbo.

Si aquel mensaje lo captaba alguna nave terrícola, sabría de inmediato cuál era la nave siniestrada, qué dirección llevaba y también que nadie vivo había quedado a bordo.

«Presión atmosférica, cero» diría la bocina parlante del cerebro electrónico.

«Temperatura, cero absoluto» añadiría. Ante semejantes datos, ¿Quién podía pensar que hubiera vida?

Pese a todo, Floid conectó el sistema automático de alarma y regresó hacia la puerta. Uno de los extraños que les habían rescatado del gimnasio y de la muerte segura que les aguardaba, disparó su arma y de nuevo brotó aquel temible rayo rojo que hizo enrojecer completamente el panel de telecomunicaciones.

Este comenzó a chisporrotear y a sufrir convulsiones como si tuviera vida propia.

—¡Vamos, terrícola! —le apremiaron.

A través de la mirilla del yelmo de supervivencia, Bruna miró a Floid, preocupada. Había una profunda expresión de decepción en el rostro de Atom. Su mensaje ya no cruzaría el espacio a la búsqueda de alguna nave terrícola que lo captara y así saber de la Cóndor X-
1001.

Después de la destrucción del panel de telecomunicaciones, la desaparición en el espacio de la nave, sería una incógnita indescifrable.

—No hubiera servido de nada, terrícola —rezongó el extraño que había captado muy bien su acción.

—Si no iba a servir de nada, ¿por qué lo ha destruido?

—Camina, no podemos hablar ahora —le ordenó.

Resignados, Bruna y Floid avanzaron por los corredores de la nave inutilizada que lleva a bordo los cadáveres de su tripulación rumbo a la eternidad.

Al fin, llegaron a la puerta que daba al exterior, estaba abierta. Afuera, cogida con un cable y un sujetador electromagnético, había una nave alargada y estrecha. Tenía capaci- dad suficiente como para llevar a media docena de seres y de la mitad hacia arriba, incluyendo el techo, estaba cubierta por un cristal.

—Subid —les ordenaron.

Abandonaron la Cóndor X-1001 de gigantescas proporciones comparada con aquella pequeña nave que debía servir sólo para distancias cortas, pues no tendría más de quince metros de largo y apenas algo más de un metro de radio.

Bruna ocupó uno de los asientos que se hallaban colocados uno detrás de otro, de tal modo que sólo podía verse la parte posterior de la cabeza del que iba delante.

Quien se dispuso a pilotar la nave desconectó el sujetador electromagnético y después entró en funcionamiento un cohete casi silencioso. Se alejaron.

Bruna y Floid no pudieron evitar dedicar una última mirada a la nave ya muerta que se fue empequeñeciendo a sus ojos. Al poco descubrieron que se dirigían hacia una esfera de considerables proporciones, su diámetro debería estar por encima de los cien metros.

La esfera semejaba flotar inmóvil en el espacio cuando en realidad se desplazaba a gran

velocidad; mas hacía falta tener un punto de referencia fijo para darse cuenta de ello.

Era de color negro y a buen seguro no la hubieran visto de no acercarse tanto a ella.

En la pared de la esfera se abrió una escotilla que quedó iluminada, la pequeña nave se introdujo por ella y la compuerta se cerró de nuevo.

Bruna y Floid pudieron ver a dos extraños astronautas más. Armados, se mantenían a la expectativa; no parecían fiarse de la pareja terrícola.

No tuvieron que esperar la orden de que descendieran. Floid Atom, más que salvado, tenía la impresión de hallarse prisionero.

—Seguidme, terrícolas —ordenó quien parecía continuar ostentando el mando. Abandonaron el hangar por una puerta pequeña y pasaron a una estancia reducida y muy iluminada. En todo momento permanecieron encañonados por las armas.

—Quitaos los trajes.

Obedecieron y pronto sus trajes de supervivencia quedaron en el suelo. Ellos se vieron entonces con sus ropas de gimnasia, las que llevaban puestas al sufrir el ataque de los meteoritos errantes.

—¿Quiénes sois? —se atrevió a preguntar Bruna, muy nerviosa.

Uno dé aquellos seres, oculto dentro del traje de supervivencia, se les enfrentó con una especie de arma que era muy diferente a las que habían manejado hasta aquel momento.

Disparó contra ellos y Bruna retrocedió junto a Floid mientras un gas les envolvía.

—Tranquila, Bruna, esto no va a matarnos.

La mujer no estaba muy segura de que lo que decía Floid se cumpliera, el caso fue que le escocieron los ojos. Los cerró y ya no volvió a abrirlos. Notó que caía y que las manos del hombre le evitaban el golpe contra el suelo. Después, nada, absolutamente nada; fue como si acabaran de morir.

CAPITULO
III

Floid Atom abrió los ojos sin estar zaherido por ninguna clase de dolor. Fue como recobrar la conciencia de pronto, súbitamente.

Miró en derredor y no tardó en darse cuenta de que se hallaba dentro de un amplio cilindro de cristal. Vio que Bruna estaba muy cerca, Tendida junto a él, y se percató de que se hallaba desnuda. Aquello le hizo parpadear. Nunca antes la había visto sin ropa y ciertamente era tan hermosa como había imaginado.

Entonces se percató de que él también estaba desnudo.

Buscó sus ropas por el suelo y no vio nada. El interior del cilindro estaba tan limpio como aséptico, allí no había más que sus dos cuerpos desnudos, como si acabaran de nacer.

Se acercó al rostro de Bruna. Seguía profundamente dormida, pero podía despertar de un momento a otro como lo había hecho él, pues su respiración era normal, rítmica. Sus hermosos senos se movían pausadamente al compás que marcaban los pulmones.

Al otro lado del cristal sólo había una ligera penumbra y entonces se percató de que luz que tenían provenía del techo del cilindro donde permanecían encerrados.

—¡Floid!

Se volvió, la joven acababa de despertar.

—¡Bruna! ¿Te sientes bien?

—¿Dónde estamos?

—En una jaula de cristal, no sé más.

—¿Prisioneros?

—Parece que sí, aunque no creo que seamos enemigos de quienes nos rescataron.

—¡Floid!

—¿Qué?

—¡Vas desnudo!

—Y tú también y yo no me he comido la ropa.

Hizo una pausa tras su irónico comentario, dándose cuenta de que Bruna se encontraba en una situación embarazosa.

—Deben estar analizando los tejidos de nuestra ropa.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Quizá todo lo nuestro les intrigue, somos seres extraños.

—Pero hablan nuestro idioma.

—Es cierto, no había caído en eso. Quizá estén desinfectando la ropa, ya sabes las diferencias tan brutales con que un virus ataca a los seres vivos. Una simple gripe terrícola podría exterminar a toda

una civilización de otro planeta que no conociera la gripe y a la inversa podría suceder lo mismo.

—Tengo miedo, Floid —dijo, sincera, sin prestar más atención a su completa desnudez.

—Viajamos por el espacio en una nave extraña para nosotros; jamás había visto una nave esférica.

—¿Habrán tenido algo que ver con la destrucción de nuestra nave Cóndor X-1001?

—No, no lo creo, la lluvia de meteoritos fue algo fortuito. Ellos descubrieron nuestra nave, observaron que no daba señales de vida y que iba a la deriva por el cosmos.

Pensaron en abordarla para ver qué había en su interior, escucharon nuestros golpes y decidieron rescatarnos. No iban a dejarnos en una nave que no ofrecía ninguna seguridad. Tú y yo no habríamos podido ir a ninguna parte con ella y tampoco reparar los destrozos que eran muy graves.

La luz se hizo más intensa. No lejos de donde estaban pudieron ver otros cilindros de cristal, jaulas sin juntura alguna en sus paredes.

En una de las jaulas había como media docena de tortugas; si no lo eran, se les parecían mucho por el caparazón, aunque sus cabezas recordaban a las de unos simios con miradas inteligentes. Se habían acercado a la pared de cristal de su jaula y les observaban a ellos con interés.

—¿Qué son, Floid?

—No lo sé. Por su mirada diría que son criaturas inteligentes, pero de una especie desconocida para mí.

Bruna se le había acercado y miraba a aquellos seres que a su vez les contemplaban a ellos.

—Son horribles, ¿verdad?

—Supongo que eso mismo les estaremos pareciendo nosotros a ellos.

—¿Crees que piensan como nosotros?

—Yo diría que sí, aunque no sé hasta qué grado. Me parecen seres de una inteligencia relativa, quizá sean los más inteligentes del planeta del que han sido arrancados.

Bruna desvió su mirada hacia otro lugar y descubrió otra de aquellas jaulas cilindricas de cristal. Estiró del brazo de Floid exclamando:

—¡Mira, mira!

Al igual que Bruna, Floid observó unos bloques rectangulares de hielo que encerraban a unos seres que vestían una especie de armadura que no recordaba en nada a lo visto en la civilización terrícola.

La cabeza de aquella criatura debía ser muy grande y su cuello, muy corto. Sus brazos eran extremadamente largos, las manos casi llegaban a los pies. Los huecos para los ojos en el yelmo estaban cubiertos por gruesos cristales purpúreos que semejaban despedir luz propia y que en sí mismos parecían ojos.

Las cuatro figuras, muy iguales, yacían inmóviles dentro del hielo, como si el propio hielo fueran ataúdes herméticos. Floid opinó:

—Supongo que cada jaula de esas tendrá una aireación y una temperatura propia que será muy fría para mantener el hielo.

—¿Crees que los habrán encerrado dentro de ese hielo expresamente para que no puedan moverse?

—Me inclino a pensar que los habrán sacado de algún lugar helado; pueden haber sido rescatados como nosotros.

—Yo diría mejor que han sido hechos prisioneros como nosotros.

Se abrió una puerta y en la estancia donde se hallaban las jaulas cilíndricas de cristal aparecieron los tripulantes de aquella nave negra, totalmente esférica y que no podía verse a simple vista. Si era detectada por algún radiotelescopio, sería tomada por algún pequeño astro errante.

—¡Floid, son mujeres!

—Sí, ahora podemos verlas, no usan su traje de supervivencia —asintió Floid.

Vestían trajes muy parecidos entre sí aunque de diferente color, Floid Atom supuso que sería para diferenciar jerarquías.

Eran mujeres esbeltas, de cuerpos elásticos y cabellos largos y abundantes, de color verde que iban desde el verde dorado al verde oscuro, pasando por el verde plateado.

Los ojos, muy grandes, eran terriblemente bellos, blanco azulados en su esclera y de pupilas púrpura. Sus bocas poseían labios que lo mismo que los de Bruna podían conside- rarse hermosos y había una cosa muy importante para Floid, y ésta era que su aspecto físico, salvando pequeñas diferencias, era igual al de Bruna.

Entre aquellas mujeres destacaba una de gran belleza que portaba en su cabeza una diadema en la que se engarzaban varias gemas muy grandes. Eran diamantes y rubíes, alternados, y su tallado debía ser de gran perfección pues despedían múltiples reflejos pese a que la luz ambiental no era grande.

—¿Qué hacemos, Floid? Tenemos que exigirle que nos suelte.

—Tranquila —pidió Floid—, tranquila. Si piensan que podemos ser peligrosos por nuestra actitud agresiva, no nos dejarán salir de aquí. Debemos convencerlas de que somos pacíficos.

La comitiva se acercó a la, pareja terrícola y se detuvo ante ellos en plan de observación.

—Qué horror, Floid, me siento como un animal de zoológico.

—No desesperes, Bruna, tenemos que convencerlas de que somos como ellas.

Floid golpeó con los nudillos contra el cristal de la pared para llamar la atención de las mujeres que le miraron inquisitivas. Floid hizo bocina con sus manos y llamó:

—¿Me pueden oír?

La fémina que se hallaba al lado de la que lucía la diadema de gran brillo, que debía ser símbolo de una alta jerarquía, se llevó las manos al cinturón y movió un resorte en una caja metálica allí adosada.

Aquella fémina tenía el cabello de color verde plateado y sobre la frente llevaba un gran rubí, pero ningún diamante. Aquel rubí era el extremo puntiagudo de un pequeño y bello casco que le cubría parte de la cabeza sin recoger el cabello.

—Te oímos, terrícola —dijo entonces.

—Si me oís, quiero daros las gracias por habernos salvado la vida. Estábamos atrapados en nuestra nave averiada.

—Es cierto, terrícolas, ibais a morir y os hemos salvado.

La que parecía la máxima jerarquía alzó su mano para hacer callar a la que acababa de accionar el resorte que abría una vía de comunicación a través del grueso cristal. Luego, dijo:

—Estad tranquilos, terrícolas, no os sucederá nada. Si alguna nave terrícola pasa cerca de nosotras, os llevaremos hasta ella para que os reunáis con los vuestros.

—Tened en cuenta, alteza, que han sido capturados. Sería bueno que los lleváramos a nuestro planeta donde podríamos ocuparnos de su reproducción. Son una pareja perfecta, sana y fuerte.

—¿Qué pretenden, convertirnos en animales de granja? —brincó Bruna, obviamente molesta.

—Tranquila, Bruna, que tú eres una mujer fría e inteligente a apaciguó Floid—, y ellas se darán cuenta de que no somos animalitos como esos monos-tortugas y que estamos acostumbrados a. ir vestidos. Alteza, ¿pueden devolvernos nuestras ropas?

—¿Os son indispensables, terrícola, acaso pasáis frío ahí dentro?

Hemos observado la
temperatura de vuestros cuerpos y también conocemos las temperaturas de vuestro planeta Tierra, el tercer planeta del sistema Vorium, esa estrella a la que vosotros llamáis Sol.

—¿Habéis estado en nuestro planeta? —inquirió Floid, muy
interesado.

—Lo hemos orbitado en varias ocasiones y hemos podido observar vuestras continuas guerras. Sois unas criaturas altamente peligrosas por lo violentas.

—Desgraciadamente, alteza —dijo Floid, dándole el tratamiento que había oído emplear a las otras mujeres—, en todas partes ha habido guerras.

—Nosotras, las hijas de Andradev, no tenemos guerras.

—Pero, seguramente las habréis tenido, alteza —la hizo
reflexionar Floid.

—No, desde que los hombres enfermaron y desaparecieron.

—Vaya, ¿no tenéis hombres en vuestro planeta?

—No —denegó la princesa de las hijas de Andradev—. No hay hombres, ellos eran ios violentos y al desaparecer, terminaron las guerras porque nosotras somos pasivas. Cuan- do desaparezcan ¡os machos del planeta Tierra quizá alcancéis una civilización pacífica, sin guerras. El macho, con su constante deseo de lucha, de competición, es quien provoca las guerras.

—Vosotras también vais armadas —objetó Floid.

—Sólo para defendernos, no atacamos jamás.

—¿Y cómo os reproducís? —preguntó Bruna, curiosa—. ¿Acaso
sois hermafroditas?

—No, no somos hermafroditas. Tenemos un banco de semen suficiente, ya que tuvimos la precaución de seleccionarlo y almacenarlo antes de que enfermaran todos nuestros machos.

—Por grande que sea ese banco de semen, tendrá un final —
puntualizó Bruna.

—Eso ocurrirá en un futuro muy lejano, empleamos dosis mínimas y en los momentos más apropiados de las hembras seleccionadas para la reproducción.

—Pese a todo —objetó Floid—, ese almacén se acabará y será entonces el fin de las hijas de Andradev, ¿no es así?

—¡Zarama, que les entreguen sus ropas! —ordenó la princesa,

evadiendo contestar a
Floid.

—Gracias, alteza. Os agradeceríamos que nos dejarais salir de esta celda en que estamos alojados.

—Alteza, no es conveniente soltarlos —intervino Zarama, que debía ser algo así como la jefe de policía de la nave.

—Por favor, alteza, sáquennos de aquí. No somos animales, somos seres de una civilización inteligente como pueda serlo la de Andradev —suplicó ahora Bruna.

Zarama insistió:

—Alteza, hay que tener bien presente lo belicosos que son los terrícolas. Dentro de la cápsula de cristal serán inofensivos.

La princesa miró a Floid Atom y se encontró con la mirada del hombre. Floid sonrió

abiertamente y creyó descubrir una profunda curiosidad en los hermosos ojos de la mujer que debía comandar la insólita nave, tan difícil de identificar en el espacio, una nave que había orbitado el planeta Tierra sin ser descubierta ni detectada.

—Alteza, si estamos libres os prometo no crear problemas.

Podremos hablar y os contaremos cosas de nuestro planeta. Además, mi compañera Bruna no es mi pareja. ¿Sabéis lo que trato de decir?

—Si es tu compañera es tu pareja —replicó la princesa.

—No necesariamente. En nuestra civilización, esas dos palabras no quieren decir exactamente lo mismo.

—Tenemos bien estudiada la historia de los terrícolas y siempre han sido violentos —protestó Zarama.

—Es posible que os acercarais a nuestro planeta y vierais guerras que ahora ya no existen, lo que me hace pensar en vuestra edad. De todos modos, el terrícola era violento en grupo.

—Como responsable de la seguridad, insisto en que es preferible que viajen en la cápsula de cristal, de este modo no correremos riesgos innecesarios.

—Si teméis algo de mi, soltad por lo menos a mi compañera que no es mi pareja; quiero decir que en el planeta Tierra la mujer tiene perfecto derecho a escoger o rechazar al varón y ella no me ha elegido a mí.

—¿Por qué? Pareces sano —opinó la princesa. Bruna asintió:

—Está sano, pero no es mi pareja.

—Si os unís tendríais hijos terrícolas, ¿no?

—Así es, alteza —asintió Floid—. Sin embargo, aunque para nosotros la reproducción es muy importante, no es el todo. Muchas parejas se unen y no es para tener hijos. Es algo complicado, podemos seguir hablando de ello en otra ocasión. Supongo que tendremos mucho tiempo por delante.

Floid hubiera deseado añadir que ellas también tendrían tiempo para contarle cosas del planeta Andradev, mas no lo hizo para no crear recelos. Ellas podían llegar a pensar que él quería saber demasiado por existir un deseo de ataque a más o menos largo plazo.

—Alteza, es mejor no soltar a ninguno de los dos.

—¿Se ha comprobado que no lleven consigo ninguna enfermedad latente?

—No, no llevan enfermedades, pero...

—Podéis soltar a la hembra, Iriana...

—Sí, alteza —respondió otra de las acompañantes.

—Cuidad de que quede instalada. Que no se acerque por aquí más que cuando se le dé la orden oportuna. No tiene permiso para circular por la nave a su libre albedrío.

Bruna miró a Floid y después a la princesa.

—Alteza...

—¿Satisfecha?

—No, no, si a él no le dais la misma libertad que a mí prefiero quedarme encerrada en esta jaula de cristal, pero es ignominoso que tratéis así a seres tan civilizados como voso- tras por simple miedo. La princesa semejó dudar. Floid, tratando siempre de ser persuasivo con su voz, pues se había percatado de que su persona despertaba el interés

de la princesa, quizá porque ella no había visto jamás de cerca a un varón como él que posiblemente, salvo diferencias en el color del pelo y los ojos, tenían que ser iguales a los que tuvieran en Andradev antes de su completa desaparición, dijo: —¿Conocéis el valor que los terrícolas damos a la palabra de honor?

—No.

—Nos habéis observado demasiado a distancia, alteza. Por muy potentes que fueran vuestros teleobjetivos y captadores de sonido ignoráis realmente como somos. Cuando un terrícola da su palabra de honor de cumplir algo a lo que se compromete, la sostiene; si no cumple, es reo de muerte.

Floid confió que aquella oferta pudiera parecer aceptable para las hijas de Andradev que, obviamente, no se fiaban de ningún varón.

—¿Y tú darías tu palabra de honor de comportarte como un huésped en nuestra nave, sin atacar a ninguna de las hijas de Andradev?

—Palabra de honor, alteza. No atacaré a ninguna de vosotras, salvo en defensa propia.

—Zarama, que los suelten a los dos.

—Alteza, es una temeridad. No podemos olvidar que son terrícolas.

Pon a dos agentes armados que les acompañen durante todo el tiempo.

—A pesar de ello, un terrícola es un ser medio salvaje, con un poder físico superior al nuestro.

—Zarama, cumple lo que se te ordena.

Tras aquellas palabras la princesa, máxima jerarquía de la nave, abandonó la estancia de las jaulas de cristal.

CAPITULO IV

La habitación que habían asignado a Floid Atom era reducida, lo cierto es que no podía pedirse más tratándose de una nave intergaláctica.

Era muy aséptica y tenía una especie de colchoneta que se adhería al suelo mediante un sistema que Floid ignoraba. También tenía una mesa con butaca incluida. La luz prove- nía del techo y su intensidad podía graduarse a voluntad.

Ya vestido con su chandal de deporte, asomó a la puerta. Junto a ella, en el pasillo, descubrió a una de las hijas de Andradev que permanecía vigilante con su fusil de rayos.

—Quieto, terrícola —advirtió tajante.

—¿Eres policía o agente, como quiera que vosotras lo llaméis?

—Mi misión es vigilarte.

—De acuerdo, de acuerdo, me portaré bien. Soy un hombre pacífico, pero quiero entrevistarme con mi compañera terrícola.

—Camina delante de mí —ordenó la mujer que no parecía dispuesta a darle la espalda. Floid obedeció. Mentalmente calculó las posibilidades que podía tener si se enfrentaba con una de aquellas atractivas amazonas espaciales de largos cabellos verdosos y supuso que no muchas si ellas siempre se mantenían a una distancia prudencial y con el arma a punto de ser disparada.

—Oye, no pulsarás por error ese botoncito y me convertirás en cenizas, ¿verdad, encanto?.

—No, pero si intentas algo contra mí, tengo órdenes tajantes.

La advertencia fue suficiente. La chica ni siquiera había sonreído y Floid Atom supuso que debía estar programada para obedecer. Era mejor no arriesgarse poniéndola a prue- ba.

Por otra parte, él había dado su palabra de honor de que se portaría bien; lo que ignoraba por el momento era cuál iba a ser su futuro.

Estaba rodeado de mujeres por todas partes y deducía que mientras había permanecido dormido a causa de la pulverización narcotizante era casi seguro que le habían inspeccionado muy a fondo. Había sido la oportunidad para aquellas amazonas espaciales de estudiar las características físicas de un hombre terrícola.

—La puerta de la derecha —indicó la mujer-policía.

Junto a la puerta había otra agente armada, montando guardia. Floid le sonrió, pero no halló correspondencia por parte de la hermosa hija de Andradev, porque lo que no podía negarse era la belleza de todas ellas.

Frente a Floid Atom se abrió la puerta. Dentro de la estancia, algo mayor que la que le habían destinado a él, descubrió a Bruna que estaba desconocida.

—¿Qué es esto?

—Me han proporcionado ropa de la que ellas usan. Les he dicho que estaba en el gimnasio practicando deporte y me han dado este traje.

—Pues te sienta de maravilla.

—¿A ti no te han dado ropa nueva?

—No. Sólo tienen ropa femenina y como tú tienes un tipo semejante al de ellas te va de perlas; en cambio, a mí me sobraría ropa por delante del pecho, vamos, que me caería

fatal.

Bruna sonrió y miró hacia la puerta. Las dos agentes les observaban con curiosidad. Floid Atom cerró la puerta, dejándolas afuera.

—Podemos hablar, aunque es muy posible que nos estén escuchando de alguna forma.

—¿Crees que estas habitaciones tienen micrófonos?

—No me extrañaría. Seguramente querrán saber lo que decimos, de modo que es mejor hablar con naturalidad; no tenemos nada que ocultar.

Bruna escrutó las paredes y el techo sin descubrir nada; sin embargo, los micrófonos podían estar pegados tras una fina lámina de pintura.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Seguir de huéspedes en esta nave. Ellas no darán su posición a ninguna nave terrícola, no quieren ser descubiertas, por eso destruyeron la emisora automática de nuestra nave. Su nave es negra para que no sea descubierta, ignoro cómo evitarán el recalentamiento a causa de los rayos de las estrellas, pero parecen muy avanzadas en su tecnología.

—¿Más que nosotros?

—Supongo que tendrán cosas más avanzadas que las nuestras y nosotros tendremos otras mejor que ellas.

—Y si no llevan rumbo hacia nuestro sistema solar, ¿qué será de nosotros?

—Me parece que vamos a vivir una vida muy distinta a la que habíamos imaginado; por lo menos hemos de estar tranquilos respecto a que son pacíficas.

—No estoy yo tan segura. Van muy bien armadas y nosotros no somos los únicos seres capturados. ¿Te olvidas de las otras jaulas de cristal?

—Es cierto y no me olvido de ellas. Esos extraños seres mitad tortugas y mitad monos posiblemente procedan de un planeta hostil y los otros, hundidos en los bloques de hielo...

—Esos pueden estar muertos.

—Tenemos muchas preguntas para hacer.

—¿Qué vas a preguntarles cuando puedas?

—Por ejemplo, el motivo de su viaje espacial; si es un viaje sin retorno a su propio planeta o simplemente un periplo de observación y vigilancia para prevenir alguna invasión extraña a su planeta.

La puerta se abrió con brusquedad y apareció Zarama, la jefe de seguridad de la nave.

Tras ella había varias agentes armadas.

—Sígueme, terrícola.

A Floid no le gustaba el tono dominante que empleaba Zarama, aquella hija de
Andradev que resultaba igualmente hermosa, pero gélida y despótica en su trato.

Floid Atom sabía que si todo dependiera de aquella amazona, Bruna y él estarían bien encerrados en la jaula de cristal y de allí no saldrían hasta consumirse.

—Bien, vamos.

—No, tú, no —puntualizó tajante Zarama señalando a Bruna que la miró parpadeando.

—Tranquila, volveré pronto —le dijo Floid.

—Vamos, terrícola.

—Oye, Zarama —le dijo el hombre, enfrentándosele—, puedes llamarme Floid.

—¿Es tu nombre?
—Sí, y mi compañera se llama Bruna.
—Sígueme, terrícola.
Floid se encogió de hombros, resignado. Zarama no parecía querer dar su brazo a torcer.
Salió tras Zarama que caminaba rápida y Floid dedujo que ella no deseaba que él caminara a su misma altura.
Detrás de Floid seguían dos agentes armadas que se mantenían atentas a cualquier movimiento suyo; continuaban considerándole un intruso peligroso.
Floid avanzó con los ojos muy abiertos tratando de observar todo lo que pudiera de aquella extraña nave que surcaba los espacios siderales sin ser detectada.
Ignoraba cuántas de aquellas amazonas componían su dotación; vigilado como estaba no podía investigar.
Al fin, fue introducido en una salita que tenía ventanas que daban al exterior,
protegidas con gruesos cristales que desde afuera
debían parecer negros.
En la salita había una mesa larga y estrecha con una serie de mandos. Tras ella, una butaca ahora vacía.
—Espera, terrícola —le ordenó Zarama.
Se adelantó hacia la mesa y pulsó un botón. No se encendió ninguna luz y tampoco se escuchó ningún ruido. Después, la mujer se volvió hacia Floid y con una sonrisa fría dijo:
—Sabemos que vuestra civilización es machista y que a las mujeres las tenéis reprimidas, esclavizadas.
—Eso es posible que sucediera siglos atrás.
—¿Siglos atrás? Mis informes...
—Vamos, Zarama, si quieres acusar, que sea de algo cierto. ¿Cuánto tiempo hace que no pasáis por las cercanías del planeta Tierra?
—No estás en situación de interrogar, terrícola.
—Posiblemente no respondes porque no te gusta quedar en ridículo. Pienso que ni tú ni nadie de esta nave ha pasado cerca del planeta Tierra en mucho tiempo. Posiblemente, otra dotación de esta nave o de otra similar captó datos que archivó en la memoria de vuestras computadoras y ahora, para conocer mejor a vuestros prisioneros terrícolas, pues así nos estáis tratando, recurrís a esos datos y actuáis en consecuencia, lo que os induce a cometer errores porque la civilización terrícola es evolutiva. Nosotros hemos superado etapas aciagas de nuestra historia y hace dos siglos terminamos con todas nuestras guerras. Sólo mantuvimos una milicia para prevenir un ataque de extraterrestres. Ya pudimos

comprobar que no estábamos solos en el universo, pues tuvimos que rechazar dos Oleadas de invasión. Me da la impresión de que vosotras seguís como estabais, sin variar en mucho tiempo.

Estaba diciendo todo aquello a la arrogante y despreciativa Zarama que parecía odiarle, no sabía si por ser terrícola o simplemente por su condición de varón, cuando apareció la princesa que debía haber oído parte de las palabras de Floid Atom.

—Nosotras no tenemos por qué darte explicaciones, terrícola.

—Me llamo Floid, alteza.

—Alteza, este ser se atreve a decir que nuestros datos son erróneos.

—¿De veras crees tal cosa, Floid? —preguntó la princesa sentándose tras la mesa. .

—Si opináis que nuestra civilización es actualmente machista y violenta, sí, alteza.

—Nuestros datos aseguran lo contrario.

—Estaba preguntando de cuándo son esos datos.

—Responder a tu pregunta sería tanto como decir en qué fecha pasamos cerca de la Tierra.

—¿Y teméis decirlo?

—No es conveniente dar información a quien puede ser nuestro enemigo.

—Yo no soy vuestro enemigo y tampoco lo es mi compañera. Os estamos agradecidos porque nos habéis salvado la vida y no debéis temer nada de nosotros, absolutamente nada.

—De vosotros dos, quizá no, pero de vuestra civilización, posiblemente sí.

—No atacamos a nadie. Sólo mantenemos la milicia ante una posible oleada invasora.

¿Podéis afirmar que los terrícolas hayamos invadido algún planeta habitado?

Ni la princesa ni Zarama quisieron responder a la pregunta. Posiblemente hubieran tenido que admitir que no conocían todas las andanzas espaciales de los terrícolas; seguían manteniéndose a la reserva.

—Floid, nos estamos acercando al planeta Xaloc. ¿Lo conocéis?

—No, nunca he oído hablar de él.

—En su momento te daré una carta astral y te indicaré su posición. Tiene unas características bastante similares a las de la Tierra.

—¿Está habitado?

—Hay una gran fauna y flora y océanos como en la Tierra, pero también hay unos seres inteligentes.

—¿Agresivos o pacíficos?

—Agresivos. Nosotros tenemos algunos ejemplares de ellos a bordo.

—¿Son los que están dentro de los bloques de hielo?

—Exactamente, Floid. Esos son los habitantes de ese planeta y los descargaremos en

él.

—¿Esos seres están vivos?
—Se hayan criogenizados; seguramente volverán a la vida, pero son agresivos.
—¿Habéis pensado en destruirlos?
—No. Nosotras no destruimos salvo que nos veamos obligadas a ello. Nos acercaremos

a Xaloc y os depositaremos en su superficie a vosotros y a ellos.

—¿Nos abandonaréis a nuestra suerte?

—Hace un siglo llegó una nave terrícola a Xaloc. Era una nave que tuvo problemas, al parecer enfermaron sus tripulantes y murieron. La nave quedó allí, quieta. Necesitará algunas reparaciones, pero si conseguís ponerla en marcha podréis regresar con ella a vuestro planeta.

—¿Una nave terrícola perdida en Xaloc?

—Exactamente.

—Si tenemos la oportunidad de ponerla en marcha será una suerte, pero ¿y si no lo logramos?

—Os quedaréis para siempre en Xaloc, ya que nosotras

proseguiremos viaje siguiendo

nuestra ruta.

—¿Y quién os ha marcado el rumbo?

—No responderemos a tus preguntas, Floid.

—De acuerdo, ya es mucho que nos dejéis en un planeta donde existe una nave terrícola. Por cierto, ¿y aquellos seres pequeños, con aspecto de tortugas?

—Pertenecen a otro planeta. Creímos que eran inteligentes, pero no lo son mucho;

quizá, con los milenios, se desarrollen en su planeta de origen.

—¿Vais por el espacio capturando especies distintas?

—No, os rescatamos, nada más. Ah, una cosa, al planeta Xaloc bajarás tú primero.

—¿Yo solo?

—Sí. Tu compañera te esperará a bordo hasta que decidamos cuándo puede ser conveniente que te reúnas con ella.

—¿Y por qué no juntos?

—Insistes en hacer preguntas, Floid, y ni yo ni nadie va a contestarlas, tendrás que aceptar las cosas como vengan. Si te rebelas, tu compañera jamás se reunirá contigo y a ti te destruiremos.

—Las amenazas no crean amistades, alteza.

—Es que no pretendemos tener amistad con los terrícolas. Por cierto, se os darán unos cuestionarios que rellenaréis por separado tu compañera y tú.

—¿Preguntas sobre nuestra civilización?

—Sí, comprobaremos si nuestros datos están equivocados.

Intimamente, Floid Atom se alegró de que utilizaran aquel sistema tan simple del cuestionario para averiguar cosas acerca de ellos. Podían haber empleado algún suero o aparato detector de mentiras, mas parecía que en tales técnicas ellas no estaban adelantadas.

—Como deseéis, alteza, no tenemos nada que ocultar. Viajamos por el espacio con la mano abierta, ofreciendo amistad.

—¡Zarama!

—Sí, alteza.

—El terrícola ya puede regresar a su habitación y que no tenga contacto alguno con su compañera.

—Se cumplirán las órdenes, alteza.

—Por lo menos díganle a mi compañera Bruna lo que han decidido.

No obtuvo respuesta; el hombre no lograba vencer la férrea barrera de recelos que las hijas de Andradev mantenían contra los terrícolas.

Floid Atom fue devuelto a su hábitat que a causa de la vigilancia más podía considerarse una celda. Se tendió sobre la colchoneta y

se puso a pensar en el planeta Xaloc.

¿De verdad le estaban ayudando aquellas recelosas amazonas del espacio o se proponían algo que no le habían comunicado y que él ignoraba por completo?

No tardaría mucho tiempo en tener datos sobre el enigma que se le planteaba. Todo era fantástico, él no había oído hablar jamás de las hijas de Andradev ni del planeta Xaloc, pero viajar por el espacio sideral cruzando las barreras de las galaxias era viajar hacia lo desconocido.

CAPITULO V

Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido desde que viera por última vez a Bruna, pero suponía que varias docenas de horas, cincuenta, quizá sesenta.

Les habían servido alimentos y luego se dedicaron a rellenar el larguísimo cuestionario repleto de preguntas. Las hijas de Andradev conocían muy bien el idioma terrícola, quizá habían estado interceptando programas de televisión y telemensajes.

Floid respondió con absoluta sinceridad para que sus respuestas coincidieran con las de Bruna. Ahora, sólo faltaba ver en qué estado se hallaba la nave terrícola que quedara abandonada en el extraño planeta Xaloc.

Aquélla era su salvación; una nave en buenas condiciones y una carta astral y podrían regresar al mundo al que pertenecían. ¿Lo sabría ya Bruna?

Se estaba haciendo aquella pregunta cuando se abrió la puerta y apareció la antipática figura de Zarama.

—Terrícola, levántate y sígueme.

Floid ni intentó preguntar adónde le llevaban. Se limitó a seguir a Zarama, que le condujo al hangar, en aquellos momentos presurizado. Junto a una pequeña nave estacionada junto a otras de distintos modelos encontró a la bellísima princesa, que le observó inquisitiva.

—Ha llegado el momento, terrícola.

—¿Has olvidado que me llamo Floid, alteza?

—Estamos orbitando el planeta Xaloc. Ahora descenderemos y te mostraré la nave terrícola.

—¿Bajarás conmigo, alteza?

—Sí. Sube a la nave y por tu bien y el de tu compañera, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

—Seré bueno — afirmó irónico.

Subió a la nave que debía adentrarse en la atmósfera de Xaloc. Vio que dentro, en una jaula pequeña, estaban las extrañas tortugas y también aquellos seres que habían sido desbloqueados del hielo que los aprisionaba. Gruesas correas los sujetaban a una especie de camilla.

—¿Han despertado? — preguntó Floid.

—Han sido descriogenizados y ahora están dormidos. Serán despertados en su momento.

—Por favor, alteza, ¿no puedo decirle nada a mi compañera?

—No ahora —replicó tajante la princesa—. Ella ya sabe que vas a bajar al planeta Xaloc para observar la nave terrícola abandonada.

Floid comprendió que no le quedaba otro remedio que resignarse, después de todo, ellas iban a proporcionarle una nave para regresar a la Tierra.

Se acomodó en la nave, a la que subieron diez de las hijas de Andradev además de la princesa. Las otras abandonaron el hangar y éste comenzó a despresurizarse. El aire pasó a los tanques, licuándose al ser ultracomprimido.

Cuando se encendieron los pilotos verdes comenzó a abrirse majestuosamente la puerta que daba al espacio. Floid pudo ver las miríadas de estrellas.

La nave de transporte de personal avanzó silenciosamente hacia la salida y al abandonar la gran esfera negra, Floid pudo ver el planeta envuelto en su atmósfera azulada.

—¿Ese es Xaloc?

—Sí —asintió la princesa.

—Pues tiene el mismo aspecto que el planeta Tierra.

—Así es. Te encontrarás bien en ese planeta.

—¿Y vosotras, las hijas de Andradev?

—También.

La pequeña nave se alejó de la gran esfera y se acercó a la atmósfera.

Demostró estar bien construida, pues aguantó perfectamente el rozamiento sin desintegrarse y apenas notaron elevación de temperatura alguna.

Floid Atom pudo ver los océanos y los continentes plenos de arbolado. En realidad, semejaba un planeta virgen.

Volaron hasta rebasar una cordillera de cumbres nevadas que se elevaba cerca de la costa ceánica.

El hombre devoraba con sus ojos ansiosos cuanto veía.

La nave fue descendiendo y al fin tomó tierra sobre una meseta, unos cien kilómetros lejos de la costa. En aquella zona había extensas zonas arbóreas y algunos promontorios rocosos.

—¿Dónde está la nave terrícola? —preguntó Floid, ansioso.

—No tengas prisa, ya la verás —contestó la princesa.

Descendieron de la nave de las amazonas espaciales y a Floid Atom le produjo una gran satisfacción pisar un suelo tan semejante al del planeta Tierra.

Aspiró aquel aire puro y libre, no era el aire de las naves, tan artificial y mil veces filtrado. Debía haber llovido, porque el suelo terroso estaba húmedo y despedía un grato olor.

En aquellos momentos hubiera deseado ser niño para echar a correr dando saltos, mas su actitud hubiera sorprendido mucho a aquellas frías hembras procedentes de un planeta del que Floid jamás había oído hablar.

—Te gusta este lugar, ¿verdad, Floid?

—Sí, alteza, me gusta. Me recuerda mucho a mi planeta.

—Al otro lado de los árboles hay un lago del que nace un. río de corto recorrido que va a morir al mar.

—¿Es un lago de agua dulce?

—Sí, agua potable. Nosotras hemos estado aquí varias veces, incluso tenemos un refugio.

—¿Un refugio contra las condiciones atmosféricas o para

protegeros de algo especial?

—Hay algunos animales depredadores de considerable tamaño. Son carniceros y, al parecer, los seres como tú y como nosotras somos un manjar exquisito para ellos.

—Pero vosotras tenéis armas con que defenderos.

—Exactamente, por lo que es mejor que no te alejes demasiado de nosotras, de este modo evitarás peligros innecesarios. No te hemos salvado de una nave destruida para que vayas a parar al estómago de un carnicero salvaje.

—¿Por qué no me dais un arma y así no será preciso que vaya

detrás vuestro para que

me protejáis?

La princesa sonrió fríamente.

—No, Floid, tú no has de tener armas.

Echó a andar y el hombre lo hizo tras ella. Las demás, excepto una que se quedó ai cuidado de la nave, les siguieron.

Avanzaron entre los árboles hacia un promontorio rocoso que se hallaba junto al borde del lago de aguas nítidas y bellísimo sobre el que se inclinaban unas palmáceas que se parecían extraordinariamente a los cocoteros del planeta Tierra.

Las orillas del lago eran de una tierra fina y suave que semejaba arena y que no se transformaba en barro.

Una estrella más grande que el sol que calentaba e iluminaba el planeta Tierra daba luz a Xaloc. Era más grande y más bello si cabe que el sol terrestre, aunque su poder lumínico y térmico era inferior, lo que mantenía el equilibrio.

—¿En estas aguas hay seres peligrosos?

—No siempre, sólo cuando suben unas grandes serpientes oceánicas por el cauce del río para desovar en las aguas frías de este lago.

—¿Y es tiempo de que desoven esas serpientes?

—No, pero siempre puede haber una adelantada o rezagada.

Entre las rocas del promontorio descubrieron una sólida puerta metálica que ningún ser, por grande que fuera, podría derribar golpeándola con su cabeza como si se tratara de un ariete.

—¿Es éste vuestro refugio?

—Sí.

Una de las mujeres de la escolta manipuló en una especie de cerradura y la puerta se abrió, desplazándose hacia un lado y ocultándose tras una de las paredes.

Floid Atom supuso que aquel refugio debía estar alimentado por una pila nuclear.

Poseía energía propia, pues dentro había luz y la pesadísima puerta, capaz de resistir violentos embates, se movía sola.

Se internaron en el refugio avanzando por un túnel no excesivamente ancho, cabrían tres personas pasando al mismo tiempo, no más. Llegaron a una amplia sala se aspecto natural, roca viva en las paredes y el techo, iluminada por una luz que provenía de la bóveda. Se abrían galerías en distintas direcciones.

—Tendrás una habitación para ti solo y se te servirán alimentos.

—¿Cuándo veré la nave terrícola?

—Dentro de unas horas.

—¿Está muy lejos de aquí?

—No.

—¿Tengo movimiento libre, es decir, puedo ir por donde se me

antoje?
—Sí, pero no olvides todo lo que te he dicho y algo más.
—¿Qué es ese «más»? —inquirió Floid enarcando las cejas.
—Obedecerás a cualquiera de las hijas de Andradev en cuanto se te pida u ordene.
—¿En todo, absolutamente en todo? —intentó puntualizar.
—Sí, absolutamente en todo.
—¿Y si no obedezco y me rebelo?

—Serás abandonado en este planeta a tu suerte y nosotras nos marcharemos llevándonos a tu compañera. Terminará siendo una más de nuestra comunidad.

—No me gusta el castigo. ¿Y podéis castigarme de esa forma por cualquier rebeldía o negativa, por pequeña que ésta sea?

—Exactamente. Mis súbditas saben lo que deben ordenarte. Ah, otra cosa importante...

—Escucho.

—No te acercarás para nada a nuestra nave. Si lo haces, serás destruido.

—Bien, bien. ¿Y los otros seres que habéis traído?

—Olvídate de ellos, tendrán su destino también. ¡Loria!

—Sí, alteza —respondió una de las servidoras.

—Condúcelo a la estancia que se le ha destinado.

Loria miró a Floid y pidió:

—Sígueme.

—Hasta otro momento, alteza —se despidió Floid.

La tal Loria le condujo por una de las galerías hasta una puerta de acero que abrió, mostrándole una estancia amplia excavada en la roca. Estaba muy iluminada y aireada porque daba al exterior mediante una especie de balcón natural enrejado hasta el techo.

—¿Estas rejas son para que no me escape o para que algún bicho no me sorprenda mientras duermo?

—Para que nadie turbe tu sueño, terrícola —respondió Loria —. Abajo está el lago.

La temperatura era agradable y a Floid le satisfizo aquella estancia llena de luz natural. En el suelo había una de aquellas colchonetas, pero más ancha y cómoda que la que tenía en la nave espacial.

—De acuerdo. ¿Cerrarás la puerta?

—No, la puerta estará abierta para que puedas entrar y salir a tu voluntad.

—Eso está bien, es la diferencia que hay entre una

mazmorra y una habitación.

Loria se alejó y Floid Atom quedó solo en la estancia. Miró hacia el exterior y observó que, poco a poco, se hacía de noche en aquel lugar del planeta Xaloc.

Se colocó frente al grueso enrejado, encarado al lago, e hizo unos movimientos respiratorios llenando sus pulmones. El lugar le gustaba, pero notaba a faltar la presencia de Bruna. ¿Qué haría ella en la nave, le habrían comunicado que él había descendido al planeta Xaloc?

Se tendió en la colchoneta y se adormiló un tanto sin llegar a dormirse profundamente.

Notó la presencia de alguien cerca de él, alguien que se inclinaba sobre la mesita que había en la estancia.

—¡Floid!

—Ah, eres Loria.

—Te he traído la tena.

—Magnífico, tenía hambre.

Loria sonrió y se alejó.

Floid se acercó a la mesita y observó los platillos. Vio que la comida había cambiado un tanto, allí ya había alimentos naturales cogidos seguramente de algún almacén existente en el refugio, había frutas y carne.

Cogió el bistec entre sus dedos y lo observó en el aire como tratando de adivinar a qué animal pertenecía. Empezó a comer y comprobó que todo estaba muy sabroso y bien sazonado.

—Hombre, esto no está nada mal...

Consumió todos los alimentos y luego se dijo que en vez de tenderse en la colchoneta sería mejor ir a dar una vuelta; dar un paseo después de cenar era lo mejor que podía hacer.

Salió de la habitación y no vio a nadie vigilándole, como sí había ocurrido en todo momento dentro de la nave. Pasó a la gran sala, tampoco vio a nadie y se dirigió a la salida. Allí sí había una de las hijas de Andradev de centinela, armada con su fusil de rayos rojos.

La mujer le miró y no le ordenó retroceder. Floid avanzó hacia la puerta esperando que de un instante a otro le cortaran el paso, mas nada le dijeron.

—¿Puedo salir?

—Sí, pero no te alejes demasiado. Hay peligro por las fieras carniceras que durante la noche bajan al lago a beber.

—Tendré cuidado, no soy ningún niño.

Salió al exterior y nadie fue tras él. Por primera vez se sintió libre y bien comido. Aquello comenzaba a gustarle; si Bruna hubiera estado a su lado, la situación habría sido perfecta.

Observó que las aguas del lago refulgían con una belleza superior a los lagos que había visto brillar en la noche de de su planeta Tierra.

Al alzar su mirada hacia el firmamento, ahora negro y punteado de estrellas, descubrió dos lunas muy separadas entre sí. Una estaba en un magnífico plenilunio que reververaba una luz dorada; la otra luna era aún más grande, pero sólo se podía ver su mitad y era de un bellísimo reflejo anaranjado.

Pisó la fina tierra que bordeaba el lago sin pretender alejarse demasiado del promontorio rocoso que constituía el refugio de aquellas viajeras siderales.

Comenzó a notar un calor fuerte en su cuerpo y dedujo se debería a una digestión a la que no estaba acostumbrado. Hacía muchísimo tiempo que no comía de una forma tan natural y abundante.

Pensó más en Bruna y recordó su rostro, sus ojos, sus piernas, su pecho generoso.

Podía recordarla tal cual era, no en vano la había visto desnuda, lo mismo que ella a él cuando fueron encerrados en el cilindro de cristal.

Al amparo de los cocoteros, sintió deseos de desnudarse y zambullirse en el lago que irradiaba un mágico magnetismo.

—¡Floid!

Al sentirse interpelado por una voz lejana, se volvió. La luz del plenilunio hacía que pudiera ver, aunque no con absoluta claridad.

—¿Quién es?

—¡Floid!

Vio aparecer una figura femenina cubierta con gasas que podían ser de colores. El hombre se sintió súbitamente excitado, su paladar se secó.

La fémina se acercaba, muy sensual en todos sus movimientos;

podía decirse que casi

danzaba.

—Floid, ¿estás bien?

—Sí, ¿quién eres?

Ella se rió, acercándose y rodeándole, obligando a girar al terrícola que la siguió con la mirada.

Se aproximó al hombre hasta rozar con sus velos el rostro de Floid. Este cogió uno de los velos y ella continuó moviéndose, lo que hizo que parte de su indumentaria, escasa y etérea, quedara entre las manos del hombre, que parpadeó, un poco desconcertado, notando que se excitaba fuertemente en cuanto a sensualidad se refería y ello era lógico. Hacía demasiado tiempo que no gozaba del amor.

—Si eres Loria...

—Sí, soy Loria. —Evolucionó ante él, provocativa. Se inclinó luego sobre él y pidió—: Desnúdate.

—¿Ahora? Voy a coger frió, ¿no crees?

—Tienes que obedecerme en todo, Floid, ya oíste a la princesa.

—Y si no obedezco, ¿castigado como un niño malo?

—Eso es.

Se encogió de hombros y se quitó el chandal; ella denegó con la cabeza.

—¿Qué pasa ahora?

—Todo.

—¿Todo qué?

—Todo desnudo.

—Mira que eres caprichosa... —Y se desnudó.

Loria comenzó a besarle la cara. Floid se dejó caer hacia atrás y ella materialmente lo devoró con sus caricias.

—Floid, Floid, tienes que hacerme el amor, ¿me oyes?

El hombre había cerrado los ojos, lleno de gratas y excitantes sensaciones.

—¿Hacerte el amor? Eso puede costarme caro, ¿no?

—No, porque yo te lo ordeno.

—No me gusta hacer el amor porque me lo manden —protestó sin demasiada fuerza.

—Pues no te lo ordeno, te lo pido.

—Eso es diferente.

Por primera vez, le puso las manos encima. Notó la carne cálida de la mujer y tuvo la impresión de que no era muy dueño de sí. Se hallaba terriblemente excitado y no quiso o no pudo rebelarse.

Todo sucedió aprisa... Le envolvió una oleada de calor y la vista se le nubló, sintió que la sangre se aceleraba dentro de su cuerpo y aumentaban los latidos de su corazón.

Se dejó caer girando de espaldas cuando escuchó un terrible

rugido. La joven estaba
junto a él, tendida con los ojos cerrados.

Floid alzó la cabeza y vio una extraña fiera que tenía mucho de alosaurio terrícola antediluviano, pero de menores dimensiones.

De los lugares más inesperados surgieron unos rayos rojos que confluyeron en la bestia carnívora, que rugió más fuerte mientras se abrasaba y reducía a carbón.

Floid, fatigado, volvió a cerrar los ojos y se durmió.

CAPITULO VI

Cuando Floid Atom despertó, le inundaba una gran sensación de pereza.

Giró su cuerpo y se percató de que se hallaba sobre la colchoneta, en la habitación que le habían destinado en la gruta-refugio.

Bostezó; no recordaba haber regresado a la cueva.

—¿Habré soñado? —se preguntó en voz alta.

Al incorporarse, sobre la mesa en la que cenara la noche anterior, descubrió una fuente con frutas variadas, un gran vaso de leche, zumo de naranja y también mantequilla y mer- melada. Aquello, más que un desayuno, era un almuerzo opíparo.

Volvió a bostezar, se acercó a la mesa y comió con apetito. Dio cuenta de gran parte de los alimentos, sorprendiéndose a sí mismo por su recuperada capacidad para tomar ali- mentos naturales.

Se aproximó al balcón protegido con rejas y en la orilla del lago divisó un gran bulto negruzco. Tras mirarlo detenidamente dedujo que se trataba de una enorme bestia car- bonizada.

A su mente acudió el recuerdo de unos rayos rojos que atacaban mortalmente a la bestia carnicera.

Abandonó la estancia. La puerta no estaba cerrada, lo qué le agradó. Llegó a la sala y allí se encontró frente a una de las hijas de Andradev que le sonrió ampliamente.

—Hola. ¿Dónde está la princesa?

—No está.

—¿No está? —frunció el ceño, interrogante.

—Así es. Puedes ir por donde te plazca.

—Yo quiero ir a la nave terrícola.

—Eso será cuando lo autorice la princesa.

—¿Y por

qué no ahora?

—Porque la princesa no está.

Floid suspiró.

—¿Y adónde se ha ido?

—No estoy autorizada para responder. Si necesitas algo que te haga falta sólo tienes que pedirlo.

—Un arma es lo que me hace falta.

—Armas no se te pueden dar, tenemos órdenes concretas.

Convencido de que no haría hablar a aquella mujer y recordando que había dado su palabra de honor de que se portaría bien, se apartó de ella y se dirigió a la salida.

La mujer que ahora vigilaba la puerta no era la misma que estaba en aquel puesto la noche anterior, aunque se le parecía mucho. En realidad, todas las hijas de Andradev se parecían entre sí, todas eran hermosas, ágiles, elásticas.

La vigilante de la puerta le sonrió y le franqueó la salida. Floid constató que todas le sonreían espléndidamente, era como si quisieran que su entorno fuera grato y se sintiera bien.

Sin tener un objetivo concreto anduvo hacia la bestia carbonizada y pudo verla mejor, su aspecto era ciertamente impresionante. No hedía porque había sido prácticamente

incinerada.

Miró las aguas del lago, tranquilas y transparentes , y recordó lo que le dijeran acerca de las serpientes marinas que ascendían por el río hasta el lago para desovar.

Extendió su mirada en derredor.

Todo era agradablemente pacífico, nada perturbaba aquella tranquilidad y se atrevió a elevar su mirada hacia el cielo buscando utópicamente la gran nave esférica y de color negro mate que se disolvía en el cielo nocturno y no podía verse ahora en el diurno porque estaba al otro lado de la atmósfera azul que envolvía a Xaloc. Dispuesto a averiguar algunas cosas más de aquel planeta desconocido u pensando también en encontrar a la princesa de Andradev, se internó por el arbolado. Se acordaba bien del punto donde se posara la nave espacial.

Por el camino se entretuvo y arrancó algunas ramas que le parecieron adecuadas. Con ellas se hizo un punzón afilándolo contra una piedra; también un bastón al que hizo punta en ambos extremos. No era mucho, pero podía ser utilizado como arma en un momento dado.

No tenía ningún interés en atacar a las hijas de Andradev; después de todo, sólo habían hecho que separarle de Bruna por un determinado tiempo, lo que era una forma de protegerse ellas mismas ante una posibilidad de violencia por parte del hombre.

Cuando llegó al sitio donde la nave se posara no la halló, aunque sí descubrió sus huellas en el suelo, lo que le hizo comprender que no se había equivocado de lugar.

Existía la posibilidad de que la princesa hubiera regresado a la gran nave esférica que orbitaba el planeta Xaloc.

Si preguntaba no iban a dar respuesta a todos aquellos interrogantes que solían agolparse a su garganta. Considerando que estaba bien alimentado y se sentía a gusto, decidió seguir explorando.

Descubrió unas huellas y las siguió. Por entre el arbolado conducían a un grupo rocoso, rodeándolo. Tuvo que ascender por un camino que sorteaba las rocas, arbustos y árboles. Era seguro que las huellas iban en aquella dirección, en ocasión se borraban debido al suelo pedregoso, pero luego reaparecían.

Intrigado por averiguar adónde conducirían, arribó al lugar donde terminaba la pendiente ascendente. Al otro lado había una gran fosa

natural.

En el fondo de la fosa, rodeada de paredes que semejaban cortadas a pico, descubrió a los extraños seres que vestían el yelmo, aquellos seres que viera por primera vez blo- queados dentro de unos paralelipípedos de hielo.

Dedujo que aquella amplia fosa debía considerarse una especie de cárcel o reducto de confinamiento donde habían sido encerrados por las hijas de Andradev.

Floid Atom se pegó al suelo y asomando sólo la cabeza para pasar desapercibido, observó que aquellos seres tenían alimentos e incluso una especie de cueva donde podían guarecerse si llovía.

Llegó a pensar que posiblemente aquella gruta tuviera conexión con el resto del refugio que las hijas de Andradev tenían en aquel montículo rocoso, a orillas del lago.

Los otros seres, mitad tortuga mitad simios inteligentes, podían hallarse en otro reducto similar, quizá menos hostil e inexpugnable desde el interior.

Se percató de que había sido descubierto y los seres cambiaron unas impresiones entre

ellos. Se lo quedaron mirando a través de los cristales purpúreos que tenían los yelmos.

—Eh, ¿estáis bien ahí abajo? —preguntó desde lo alto.

Le respondieron en una lengua totalmente ininteligible para Floid Atom.

Los individuos que utilizaban aquellas armaduras y que tenían un aspecto bélico y agresivo levantaron sus larguísimos brazos hacia él con gestos claramente amenazadores. Continuaron vociferando sin que lograra entenderles.

Optó por abandonar su punto de observación, ya que por el momento no tenía posibilidades de entenderse con aquellos seres que no parecían precisamente contentos en su encierro.

Al volverse se encontró frente a una fiera que hubiera dicho era un gran felino, una mezcla de tigre y león, de no ser porque su hocico era más delgado y largo, quizá también tenía algo de oso.

Fuera lo que fuese, le estaba mirando con cara de poco amigos.

Con la mano, sin quitarle de encima la vista, Floid palpó el suelo hasta encontrar el bastón puntiagudo que se preparaba como posible arma defensiva.

La fiera, que pesaría tres veces más que el propio Floid, no parecía temerle a él ni a su ridícula arma. Avanzó, comiéndoselo ya con aquellos ojos enormes, muy redondos y amarillos, mientras separaba sus mandíbulas armadas con poderosos incisivos.

De pronto la fiera saltó.

Floid se hizo a un lado y la bestia erró su ataque. Era muy posible que hubiera resultado pesada y lenta para la agilidad demostrada por el hombre.

La fiera no se dio por vencida, todo lo contrario. Rugió malhumorada, se revolvió y atacó con sus patas delanteras provistas de grandes zarpas que trataban de clavarse en las carnes de Floid, quien las fue apartando golpeándolas con el bastón.

Incluso, consiguió propinar un pinchazo en una de las patas de la bestia que acusó el castigo y su sangre brotó roja a borbotones.

El animal, enfurecido, volvió a saltar sobre Floid. Este, viéndolo abalanzarse contra él, comprendió que su suerte había terminado; no obstante, logró apoyar el bastón contra el suelo y mientras una de las garras le rozaba la cara, clavó la punta que quedaba en el aire en el cuerpo del animal que cayó de lado, hundiéndose en la fosa mientras rugía furiosa- mente, malherido como estaba.

Floid suspiró de alivio. Se asomó al borde de la fosa y pudo ver sus propios ojos cómo

los seres de las armaduras se abalanzaban contra la fiera que estaba malherida pero aún luchaba con fiereza, capaz de abrir a un hombre en canal.

Aquellos individuos la descuartizaron con sus manos y Floid pudo darse cuenta de la terrible fuerza que poseían, equivalente a la de un gorila en el planeta Tierra.

Se alegró de no haber sido él quien cayera al interior de la fosa; al parecer no habían hecho amistad y era muy posible que le considerasen a él uno de los culpables de que se hallaran encerrados en aquel recinto que parecía natural, pero que podía haber sido excavado por las hijas de Andradev utilizando maquinara apropiada.

Aquellas hermosas amazonas del espacio estaban muy lejos de ser unas mujeres desvalidas y faltas de ayuda.

Si poseían aquella extraña nave esférica y toda la tecnología que manejaban no era precisamente porque fueran primitivas, sino todo lo contrario.

Uno de los extraños seres se quitó el yelmo y Floid pudo ver su cabeza cuyas dimensiones correspondían bastante con el yelmo que la protegía, una cabeza aplastada y ancha. Ojos muy pequeños, nariz aplastada y unas mandíbulas enormes, desproporcionadas con el resto de la cara y muy bien armadas. No cabía duda de que aquellos seres eran guerreros natos.

CAPITULO VII

Como que las hijas de Andradev no le ponían ningún impedimento, Floid se dedicó a recorrer todo el interior del refugio. Esperaba hallar algo excepcional, incluso alguna sala de controles electrónicos con la maquinaria correspondiente.

No la encontró y lo que sí vio fueron algunas puertas muy sólidas y herméticamente cerradas. Tras una de ellas escuchó ruidos y voces que identificó como pertenecientes a los extraños y feroces guerreros de las armaduras.

Pegó su oído al acero de la puerta cuando al otro lado de la misma comenzaron a aporrearla frenéticamente.

Medio ensordecido, se apartó de la puerta y la observó a distancia.

Si aquellos seres lograban salir de su encierro saltarían sobre él para despedazarle como habían hecho con la fiera herida que cayera al interior de la fosa.

Regresó a la habitación que le habían destinado. La noche había llegado con sus dos hermosas lunas; él se había pasado todo el día caminando de un lugar a otro explorando, y se sentía fatigado.

Observó que tenía la cena dispuesta sobre la mesita. Alí no faltaba de nada y mientras se enfrentaba a los abundantes alimentos volvió a pensar en Bruna y en si la estarían alimentando como a él.

Aquella noche tuvo deseos de salir.

Ya se había percatado de que sin armas era una temeridad andar solo por la orilla del lago, por el bosque o entre las rocas.

Se acercó al balcón y se quedó contemplando el lago. Observó que una manada de cérvidos se aproximaba a abrevar, eran ciervos o, cuando menos, se les parecían mucho.

Los animales bebieron y se mojaron, pero permanecían atentos ante un posible ataque de algún depredador. Nadie les atacó, aunque sí se Dudo oír un fuerte rugido filtrándose entre el abundante follaje de los árboles y que hizo que los cérvidos emprendieran una veloz huida.

Sintió deseos de dormir y se tendió en la colchoneta tras rebajar la intensidad de la luz. Comenzaba a amodorrarse cuando se abrió la puerta y entró en la estancia una de las hijas de Andradev que le miró intensamente. Se desnudó y se acostó junto a Floid Atom al que ya nada le carecía extraño. Se dejó acariciar y se excitó sensualmente.

—Amame, terrícola.

—¿Es una orden? —preguntó, casi bostezando.

—Sí, ámame.

No quiso ser grosero con una mujer tan atractiva, y pensando en Bruna y gracias a la escasa luz cumplió con lo que le pedían.

Después se durmió y al día siguiente volvió a encontrarse con un abundante desayuno.

Se sentó ante él, preocupado. Comprendió que si comía tanto y hacía poco ejercicio, terminaría engordando, por lo que seleccionó los alimentos sin dejarse tentar por su atractivo, por los agradables colores que estimulaban su apetito, demasiado acostumbrado ya a comidas preparadas para viajes interestelares, comidas en las que se habían calculado al detalle las grasas, glúcidos y proteínas.

Cuando se encontró con la primera de las hijas de Andradev, preguntó:

—¿Dónde está la princesa?

—Ausente.

—Esto no me gusta.

—¿Qué te sucede, terrícola, te falta algo? —le preguntó candorosamente.

Floid frunció el ceño mirando a la mujer que no era tan ingenua como pretendía parecer. Recordó la noche anterior y se preguntó cuál de ellas había sido la que yaciera con él. No supo responderse.

—Quiero revisar la nave terrícola.

—Cuando regrese la princesa, dará órdenes al respecto.

—Pero ¿dónde está la nave?

—No lo sé, terrícola. Cuando regrese.,.

—Sí, sí, ya lo dirá ella —cortó con brusquedad.

Malhumorado, salió del refugio sin que se le pusieran impedimentos. Recogió el bastón puntiagudo por ambos extremos que dejara fuera antes de retirarse.

Se dispuso a ir a explorar por sí mismo. Si existía allí una nave espacial terrícola, ocuparía un volumen que haría que se la pudiera ver a distancia. Por ello, su intención fue alejarse hacia el punto más elevado al que pudiera llegar.

Caminó durante varias horas, marcando el camino para poder regresar. Rompía arbustos de forma ostensible o dejaba grandes piedras, no deseaba perderse en aquel planeta extraño.

Al mediodía había conseguido llegar a la cima de una montaña y allí se sentó, recibiendo el fuerte viento contra su rostro. Vio volar a grandes aves que supuso parecidas a las águilas del planeta Tierra, unas aves carniceras que le observaron como valorando la posibilidad de atacarle.

Una de ellas inició un picado. Floid tomó una piedra y la arrojó, dándole en un ala, lo que hizo que el ave perdiera su equilibrio de caída en picado. Se fue montaña abajo, mas se repuso y salió volando mientras trompeteaba.

Fatigó sus ojos y la búsqueda fue en vano, no descubrió nada interesante.

Se sentía fracasado. Precisamente él, un ingeniero de telecomunicaciones, no podía comunicarse con el planeta Tierra y tampoco con Bruna que debía estar orbitando el planeta Xaloc.

Sintió hambre, mas no tenía alimentos que llevarse a las mandíbulas y optó por el regresó. Fue descendiendo y los vientos se hicieron más suaves a medida que bajaba de la cumbre de aquella montaña desde la que había podido ver, muy a lo lejos, el océano. También, por el lado opuesto, divisó la superficie del lago y el río que nacía de él, por lo

que supuso que el lago era en sí mismo un gran manantial.

Captó un gran ruido y tuvo la reacción inmediata de ocultarse entre unas rocas. No tardó en ver pasar a un poderoso ciervo perseguido por un alosaurio que rugía feroz- mente.

Al llegar cerca de donde se había quedado oculto Floid Atom, las grandes mandíbulas del alosaurio se cerraron sobre el lomo de su víctima y algo crujió estremecedoramente.

El voraz y monstruoso alosaurio, satisfecho por su victoria, soltó a la presa y rugió en forma terrorífica. Se inclinó de nuevo sobre el ciervo y lo apresó entre sus grandes man- díbulas. Alzó la media tonelada que debía pesar el ciervo y se alejó, quizá para llevárselo a

una
de
sus
crías.

Floid Atom aguardó a que se alejara aquel monstruo que podía llevar entre sus mandíbulas media tonelada como si nada; y luego, reanudó el regreso, siempre vigilante.

No tuvo dificultad en seguir el camino marcado por él mismo y al anochecer,
hambriento y cansado,
arribó a la orilla del lago.

Se dirigió al refugio y la puerta se abrió para él. Vio a la mujer que custodiaba la puerta y ésta le sonrió; no parecían molestas por su ausencia de todo el día.

—¿Ha llegado la princesa?

—No.

—¿Y cuándo llegará?

—No lo sé.

—Yo estoy cumpliendo mi palabra; no soy violento, no os creo problemas y la princesa no cumple lo que me dijo.

—No sé nada, terrícola. Cuando regrese la princesa exponle tus quejas.

—Eso haré.

Se retiró a su habitación donde ya tenía preparada la cena. Comió con verdadera hambre y aquella noche tampoco le faltó compañía. Como había prometido no desobedecer, cumplió una vez más.

Cuando despertó, después de haber dormido profundamente, estaba solo como cada
mañana.

Observó que ya le habían servido el desayuno al que le tenían acostumbrado. No se apresuró en tomar nada, la noche anterior había cenado con abundancia. Se quedó tendido en la cama, pensando en todo lo que estaba sucediendo.

Le habían dado una relativa libertad, ya que carente de armas, no se alejaba demasiado del refugio, el entorno era completamente hostil. Tampoco tenía un lugar concreto al que quisiera ir. Hubiera deseado dirigirse a la nave de la que le hablaran, pero ya comenzaba a dudar de que tal nave existiera.

Comía muy bien y se estaba acostumbrando a yacer con las hijas de Andradev, lo que no podía disgustarle teniendo en cuenta lo cariñosas y atractivas que eran.

En cada ocasión que hacía el amor con una de aquellas amazonas del espacio, previamente se notaba excitado y dedujo

que la causa podía ser alguno de los alimentos que ingería; lo que hacía falta averiguar era si las propias hijas de Andradev añadían alguna droga a la comida para excitarlo sensualmente.

Se acercó a los alimentos y los observó con aire crítico. Comió algunos y separó otros que podían conservarse. Salió al balcón enrejado y pasó su mano entre rejas, ocultando los alimentos entre un hueco de la roca que halló al tacto y que no podía verse desde la propia habitación.

Más tranquilo, salió del refugio y volvió a subir a lo alto del montículo rocoso, por el lado contrario al del lago. Encontró la fosa donde se hallaban recluidos los extraños seres de las armaduras.

No llevaban el yelmo ahora, todos estaban comiendo. Descubrieron a Floid, le señalaron y gruñeron algo que el hombre no pudo comprender.

Uno de ellos le arrojó un hueso de considerable tamaño que por poco no dio a Floid en el rostro. Aquel hueso debía ser parte de la osamenta de la fiera descuartizada.

Posiblemente, aquellos seres preferían comer carne fresca que alimentos elaborados, no cabía duda de que eran unos depredadores paralelos a los hombres de las cavernas del planeta Tierra, aunque mejor armados de mandíbulas y de brazos mucho más largos.

También eran más poderosos en musculatura y avanzados en cuanto a la utilización del metal, ya que se habían fabricado armaduras completas.

Comprendiendo que no había posible comunicación entre él y aquellos seres, Floid se alejó de la fosa antes de que le partieran el cráneo con una de aquellos huesos certeramente lanzados.

Se acercó al lago. Tocó el agua con la mano y la notó fría; no obstante, se desnudó y se introdujo en el agua hasta zambullirse. Permaneció un buen rato nadando, sabiéndose observado a distancia. No le importó y continuó deslizándose por el agua.

Resolvió tornarse la situación con calma, ya que irritándose nada iba a solucionar, y pasó el día de ocio a la orilla del lago. Llegó la noche y cuando regresó a su refugio, en- contró la cena dispuesta.

La miró sonriéndose. Cerró la puerta y se acercó al balcón. Palpó con la mano, y halló los alimentos que escondiera del desayuno y se alimentó con ellos.

Tomó parte de los alimentos de la cena que supuso podían contener excitantes y los arrojó al lago por entre las rejas. Bostezó y se tendió en la colchoneta, dispuesto a descansar.

Notó junto a él la presencia de alguien cuando ya se había dormido y despertó. Comprobó que era una de las hijas de Andradev y no tuvo valor para echarla fuera. Ella comenzó a besarle, a acariciarle, y la dejó hacer.

La estratagema de guardar parte del desayuno para la cena no dio resultado; si le drogaban para excitarle sensualmente, debía ser con todos los alimentos.

—Pero ¿qué pretendéis de mí? —inquirió.

—¡Amame, terrícola, ámame!

Floid Atom no supo o no tuvo fuerzas para negarse y satisfizo la petición de aquella hembra de piel cálida y largos cabellos verdosos.

CAPITULO VIII

Bruna se mostraba más inquieta y molesta a medida que transcurrían horas y más horas, jornadas completas. Se sentía prisionera dentro de la habitación en que la confinaran en aquella nave esférica, de grandes proporciones.

Abrió la puerta y se encontró con la vigilante que le ordenó:

—No puedes salir, terrícola.

—Creí que no era una prisionera.

—Cumplo órdenes.

—Y mi compañero, ¿dónde está, por qué no puedo comunicarme con él?

La mujer-guardián iba a responder con una negativa más cuando observó que por el corredor se acercaba Zarama acompañada de dos celadoras convenientemente armadas.

—¿Qué sucede? —inquirió la jefe de seguridad.

—La terrícola insiste en salir.

—¡Y quiero comunicarme con Floid, mi compañero!

—¿Para qué? —preguntó Zarama con una sonrisa fría e hiriente.

—Quiero saber por qué no nos dejan comunicarnos.

—Tu compañero está ocupado.

—¿Ocupado en qué?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Naturalmente —insistió Bruna, notando que se agitaba. Tenía miedo.

—Está bien, sígueme.

La vigilante se hizo a un lado. Bruna siguió a Zarama y tras la mujer terrícola se colocaron las dos celadoras. No la perdían de vista en ningún momento.

Zarama la llevó a la salita donde la princesa tenía su mesa de comandante de la nave. Al llegar a la mesa de control, Zarama se detuvo, dio la vuelta y se encaró con Bruna:

—Tu compañero debe dar una ojeada a una nave terrícola y ver si está en condiciones para que podáis tripularla y regresar con ella a vuestro planeta.

Al oír una noticia tan agradable para ella, Bruna se sorprendió y emocionó a un tiempo.

—¿Es cierto lo que me dices?

—Sí. Nosotras sabíamos dónde hay una nave terrícola abandonada; en realidad, sus tripulantes murieron de enfermedad hace ya mucho tiempo, pero la nave no sufrió daños.

—¿Y dónde está esa nave, acaso flotando en el espacio?

—No, está en un planeta

—¿Un planeta, cuál?

Zarama acercó su mano a unos controles de la mesa y la pantalla de televisión tridimensional y a color se iluminó. Apareció la imagen de un planeta rodeado de atmósfera azul.

—¡Es la Tierra! —exclamó Bruna espontánea.

—No, no es la Tierra.

—¿Entonces...?

—Ese planeta se llama Xaloc.

—¿Xaloc? Lo desconocía.

—Está muy lejos de vuestro sistema.

—Pero ¿dónde está?

—Muy cerca de nosotras, es decir, ahora lo estamos orbitando. Si abriéramos una ventana podrías ver el planeta Xaloc con tus propios ojos.

—¿Y Floid está en ese planeta?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo habéis dicho antes?

—No había por qué. Cuando esté preparado y la nave dispuesta, ya te lo dirá y entonces podréis marchar hacia vuestro planeta.

Bruna, deduciendo por aquellas palabras que no quedarían prisioneros para siempre de aquellas amazonas de cabellos verdosos y ojos purpúreos, propuso:

—Yo debería estar junto a mi compañero. Soy ingeniero cosmonauta y puedo ayudarle mucho en la puesta a punto de esa nave terrícola de la que has hablado.

—Sí, claro, pero ahora él está muy ocupado.

—Insisto en que puedo ayudarle:

—No en lo que está haciendo.

—¿Y qué es lo que está haciendo?

—Quieres saberlo,

¿eh?
Bruna miró los ojos de Zarama, más rasgados de lo normal, y tuvo miedo. La mujer sonreía cínica, casi con un hálito de maldad.
—
Sí, quiero saberlo.
—Está bien, tú lo has pedido.
Zarama accionó otros resortes de la mesa de control.
Desapareció la imagen del planeta Xaloc y en la pantalla apareció un hermoso lago y una playa con palmeras. En el suelo, dos seres se estaban amando hasta las últimas con- secuencias.
—
Ahí está tu compañero.
La escena se desarrollaba en la noche, a la luz de las dos lunas de Xaloc.
—No se ve bien... —objetó Bruna, nerviosa.
—Eso es fácil de solucionar.
Zarama fue girando una ruedecilla y la pareja, centrada en la pantalla, se fue acercando hasta ocupar un primer plano. Se podía oír hasta la conversación de los dos seres que se amaban, una hija de Andradev, bella como todas sus hermanas, y el terrícola Floid Atom.
—¡No es posible! —gimió Bruna.
—¿No es posible? Quizá te guste más ver esta otra escena... —siseó Zarama, sabiendo perfectamente que estaba irritando a la terrícola.
En pantalla apareció la habitación asignada a Floid dentro del

refugio rocoso a orillas del lago en el planeta Xaloc. El hombre estaba amando a otra de las hijas de Andradev.

—¡No quiero ver nada más, no puedo creerlo, no puedo creerlo!

—Pues hay más. Tu compañero está excelentemente dotado para hacer el amor, es un gran semental; lo que hace falta ver son los resultados de la reproducción.

—¿Qué le estáis haciendo? ¡Seguro que lo estáis explotando!

—¿Explotando? —Zarama soltó una carcajada corta que lastimó y humilló a Bruna—.

Pues él no parece disgustado ni atado.

—!De alguna forma le obligaréis, Floid no es ningún lujurioso, no lo es!

—Ni yo he dicho que lo sea, sólo que está ocupado y lo estará durante algún tiempo. Mientras en la pantalla se podía ver y oír a Floid y a la mujer de los cabellos verdes, una nueva voz se dejó oír en la salita de mando.

—¿Qué sucede, Zarama?

—¡Ah, alteza! —La interpelada se volvió hacia la princesa que acababa de entrar.

—Alteza, ¿qué están haciendo con mi compañero? —inquirió Bruna agresiva.

Por primera vez sintió deseos de luchar por Floid. Recordó que ella le había frenado, recordó lo ocurrido en el gimnasio cuando creían que no iban a salir vivos de él, y se enfureció también contra sí misma.

—Tu compañero tiene trabajo. Zarama, quita eso de la pantalla.

—Sí, alteza —aceptó ésta, ya satisfecha, apagando la pantalla.

—¡Quiero bajar a ese planeta y reunirme con Floid! Zarama, un tanto perpleja, inquirió:

—¿Insistes en reunirte con él a pesar de lo que acabas de ver?

—Sí. Si hay una nave en la que podamos regresar a nuestra civilización, quiero estar junto a él.

—No puede ser ahora —objetó la princesa sin estridencias, distante, aunque en el fondo parecía desear comprender a la terrícola que quería luchar por lo que consideraba suyo.

—¿Por qué no puede ser?

—Floid está ocupado, él ya verá la nave en su momento.

—Yo le ayudaré a repararla, estoy preparada para hacerlo. Poseo la tecnología suficiente para poner en marcha una nave espacial, sea del modelo que fuere mientras haya sido construida por nuestra civilización.

—Te comprendo, pero él está ahora ocupado y lo estará durante algún tiempo, no debemos molestarle. La verdad es que tengo que admitir que tienes un compañero muy fuerte, sano y muy bravo. Sabe enfrentarse a los peligros más sorpresivos, es un luchador nato, un gran macho diría yo, un hombre que merece tener hijos que se le parezcan. Nosotras vigilamos para que nada le suceda, pero procuramos que sea él mismo quien solucione sus problemas. Te lo cuidaremos, terrícola, y luego será tuyo si no sucede nada desagradable, porque nosotras no atacamos, pero estamos preparadas para defendernos.

—Quiero estar con él ahora —exigió Bruna.

Zarama intervino, maliciosa:

—Alteza, opino que es mejor que durante algún tiempo la terrícola deje de molestar. Ella nada puede hacer por ahora y su actitud sólo puede suscitar problemas, de modo que...

—Adelante, Zarama.

Bruna comprendió que algo desagradable iba a ocurrirle. La princesa ya había dado su aprobación a la propuesta de la jefe de seguridad.

Retrocedió un par de pasos, sintiéndose indefensa ante aquellas otras mujeres que pertenecían a una civilización extraña, y un grito de rebeldía escapó de su garganta.

—¡Esto es un atropello criminal!

Una de las agentes acababa de sacar una extraña pistola y encarándose con Bruna, le disparó al rostro.

La rubia terrícola se sintió como inmersa en una nube turbadora que la atontaba, una nube que la obligaba a cerrar los párpados y se metió en sus pulmones pasando rápidamente a la sangre, que comenzó a algodonar su cerebro.

—Ahora dormirás, terrícola, dormirás profundamente durante mucho tiempo y si tu compañero no comete ninguna estupidez, algún día despertarás.

Bruna aún pudo oír la voz de la princesa que fue haciéndose lejana hasta desaparecer, como una nave espacial se pierde en el infinito. Después, nada.

CAPITULO IX

Mientras las tortugas con cabeza de simio vegetaban en el lugar donde fueran confinadas, en el que no faltaba agua ni alimentos, los extraños seres de las armaduras (que Floid ya se había enterado procedían del planeta Folom, desconocido para los terrícolas) no estaban en absoluto dispuestos a permanecer confinados en la fosa.

Tras comprobar que la puerta era lo suficientemente sólida como para resistir sus embates, habían optado por fijar su atención en las paredes de la fosa que tendrían casi diez metros de altura.

Habían ido recogiendo los huesos de la fiera despedazada por ellos mismos y con aquellos huesos procedieron a construirse armas.

Con el metal de parte de una de sus armaduras abrieron pequeñas fisuras en las paredes donde introdujeron pedazos de huesos como cuñas. De este modo, se fueron preparando puntos de agarre y apoyo, cosa que hacían durante la noche para no ser descubiertos.

Cada cuña clavada significaba un gran esfuerzo, pero estaban dispuestos a huir y perseveraron en la tarea.

Después de semanas de trabajo, uno de ellos, encaramado en lo alto de la pared de aquella fosa, suficientemente amplia como para permitirles correr de un lado a otro, consiguió poner su poderosa mano en el borde superior.

Con un último esfuerzo, se elevó hasta salir de la fosa y, entonces, lanzó un grito de satisfacción que fue coreado por sus tres compañeros de cautiverio.

Hablaron entre ellos en su extraña lengua y los tres folomitas restantes treparon también por la pared cogiéndose a las cuñas óseas incrustadas.

Una hora más tarde, los cuatro habían escapado de su encierro, habían conseguido la libertad, aunque ellos ni siquiera sabían que se hallaban en un astro distinto al que pertenecían

Ignoraban que habían viajado criogenizados a través de las estrellas. Para su mentalidad, mucho más primitiva que la de las hijas de Andradev o de los propios terrícolas, continuaban estando en Folom.

Provistos de las toscas armas óseas y algunas piedras, comenzaron a descender con cautela hasta que vieron que en dirección contraria subía una de ¡as hijas de Andradev portando una bolsa de alimentos, posiblemente destinados a ellos.

La mujer, ignorante de lo que había conseguido los seres de las

armaduras, ascendía entre las rocas con tranquilidad cuando fue sorprendida.

Los folomitas se lanzaron sobre ella, capturándola.

—¡¡Socorro!! —gritó la fémina, perdiendo la bolsa y su fusil de rayos que cayó entre las rocas.

La mujer estaba perdida en manos de aquellos guerreros natos que poseían una fuerza descomunal comparada con la de la fémina.

Uno de ellos quiso descabezarla con sus manazas mientras otro pretendía hundirle el cráneo con su tosca arma construida con hueso. El que parecía el jefe los contuvo.

—¡¡Soltadla!! —ordenó de pronto una voz que ellos ya conocían.

Era la voz de Floid

Atom que acababa de descubrirles.

Los cuatro folomitas rugieron al verle. Debían considerar a Floid un enemigo, un compañero de las hijas de Andradev.

Floid, que llevaba consigo el bastón puntiagudo, al observar la actitud atacante de los folomitas, impulsó el bastón a modo de lanza y éste salió volando, clavándose en la garganta del ser que sujetaba a la mujer.

La punta se incrustó en la carne de aquel gorila humano que asió entre sus manos el bastón después de soltar a la fémina.

La hija de Andradev saltó hacia abajo entre las rocas. Los folomitas, rugiendo, fueron tras ella a excepción del que, herido de muerte, había caído de espaldas.

—¡¡Corre, corre!! —ordenó a la fugitiva mientras él tomaba una piedra y la lanzaba contra el pecho de los atacantes.

La mujer recogió su arma y echó a correr mientras Floid la protegía haciendo frente a los folomitas, que quedaron sorprendidos unos segundos ante el decidido enfrentamiento del terrícola.

La hija de Andradev, recuperado ya su fusil, intentó disparar. El arma no funcionó, se había deteriorado al caer entre las rocas.

—¡¡Corre, corre!! —apremió Floid viendo como los folomitas optaban por utilizar también las piedras.

Saltó entre las rocas mientras las piedras llovían a su alrededor.

Una de ellas le tocó la espalda, haciéndole caer. Rodó sobre sí mismo pendiente abajo mientras los atacantes parecían satisfechos por su éxito. No obstante, Floid logró ponerse en pie de nuevo, herido por los golpes sufridos en la caída. Siguió corriendo desesperadamente, dejando siempre que la mujer corriera delante de él.

Ya cerca de la entrada del refugio, se abrió la puerta y aparecieron varias de las hijas de Andradev.

Dispararon contra los fugitivos y brotaron los rayos rojos que incineraban cuanto tocaban.

Uno de los folomitas cayó, carbonizado. Los otros dos consiguieron esconderse entre las rocas.

Las mujeres protegieron a su compañera y a Floid que dobló las rodillas, sintiendo un vivo dolor en la espalda. Su rostro aparecía ensangrentado.

Dos hijas de Andradev salieron en busca de los fugitivos, mas éstos ya habían desaparecido. El miedo a los rayos incinerantes les había hecho huir dejando atrás dos cadáveres.

Floid fue conducido a su habitación. Allí, le aplicaron algo en la nariz y perdió el conocimiento, con lo que desapareció el dolor que le estaba torturando.

Se vio a sí mismo en una soleada playa mediterránea del planeta Tierra. Caminaba hollando la arena fina en un espléndido atardecer. Un sol rojo y bellísimo caía como engu- llido por el mar.

Oía el rumor de las aguas batiendo cerca de sus pies con unas olas que no tenían más de veinte centímetros de altura.

Divisó entonces una figura femenina que corría hacia él y a la que aún no veía con claridad.

—¡Floid, Floid! —llamaba ella.

Al fin, la reconoció.

—¡Bruna!

—¡Floid!

Echó a correr hacia ella y se encontraron. Se abrazaron, cayendo sobre la arena mojada y rodaron sobre sí mismos, riendo, besándose, mojándose en las olas casi llanas.

—Floid, te amo, te amo —repetía ella.

—Yo también te amo, Bruna. Lo de las hijas de Andradev...

—Calla, calla. Te amo, te amo...

Rodaron y rodaron hasta adentrarse en el mar. El agua salada les cubrió y entonces, el hombre se dio cuenta de que Bruna había desaparecido de entre sus manos. La llamó ansioso:

—¡Bruna, Bruna!

Abrió los ojos y no vio el rostro orlado de cabello rubio de Bruna, sino a la princesa de las hijas de Andradev.

—¿Te encuentras bien, Floid? —preguntó ella.

Sacudió la cabeza y comprendió que había estado soñando. Se incorporó sobre la colchoneta y notó un fuerte pinchazo en la espalda que le obligó a torcer la boca con un gesto de dolor.

—Creo que la piedra que me lanzaron esos gorilas me hizo bastante daño.

—Ya estás curado, Floid.

—¿Sí?

—Has estado dos semanas durmiendo para recuperarte, nosotras hemos cuidado de ti.

—¿Dos semanas durmiendo? ¡Diablos! —Se puso en pie—. Vosotras en seguida ponéis a dormir a la gente.

—Te rompieron una costilla pero ya estás curado, tienes un gran poder de recuperación. La herida te dolerá durante algunas semanas más y luego se pasará. Cuanto más te muevas ahora, aunque con cuidado, tanto mejor.

Floid se tocó el rostro y notó unas hendiduras ligeras. El vello le había crecido hasta formar una barba espesa.

—No temas, no te quedarán señales.

—Es un alivio que cuiden de uno cuando está herido.

—Tú salvaste a una hija de Andradev cuando estaba en peligro, expusiste tu vida por ella.

—Si no lo hago, la matan aquellos folomitas. Son un poco bestias y lo cierto es que están en su derecho de enfurecerse.

—¿Por qué?

—Vosotras los habíais encerrado.

—Sólo estaban sometidos a observación y no los tratamos mal. Tenían alimentos y agua, no les faltaba nada.

—El simple hecho de estar confinados, es decir, prisioneros, basta para enfurecer a cualquiera.

—Ellos no podían estar sueltos como tú, son mucho más violentos.

—Sí, ya he visto que no estaban para dialogar. Todavía se hallan en el período primitivo de querer tener la razón por el mazazo más fuerte en la cabeza del contrario.

—Te portaste muy valiente frente a ellos, eres un gran luchador. Enfrentarte a los folomitas sin armas fue un suicidio.

—Sí, eso me pareció y por eso corrí.

—Protegiendo siempre a mi súbdita... Lo sé todo y tu actitud hace que estemos en deuda contigo.

—¿Vosotras en deuda? Oh, no, salvasteis la vida de mi compañera y la mía. Por cierto, ¿cómo está ella?

—No temas por Bruna, está bien en la nave.

—¿No puedo hablar con ella?

—Lo siento, no por ahora e insisto en que está bien.

—De acuerdo, pero hay algo importante y que me interesa mucho.

—¿La nave terrícola?

—Sí.

—Pronto la verás.

—Eso mismo dijiste la última vez que te vi y luego desapareciste y hasta ahora, creo que ha pasado mucho tiempo, demasiado.

—Tenía obligaciones en mi nave, pero te dije que te llevaría a la nave terrícola abandonada y te llevaré.

—¿Cuándo?

—Si te sientes bien, ahora mismo.

—Me encuentro estupendamente —se apresuró a decir Floid, olvidándose de todos sus pinchazos.

—¿Seguro?

—Sí, llévame hasta la nave terrícola.

—De acuerdo, te llevaré ahora, es justo que así lo haga.

—Otra cosa, alteza.

—¿Sí? —preguntó, alzando su mirada hacia el hombre que era más alto que ella.

—¿Me habéis estado drogando los alimentos para excitarme sensualmente? La princesa sonrió y se limitó a decir:

—Prepárate, nos vamos.

Floid Atom, que ya comenzaba a desesperar de poder llegar a la nave de la que le habían hablado, se sintió estimulado grandemente al saber que iba a verla en breve plazo.

Ahora ya tenía a la princesa delante, a la que durante tantos días, semanas y semanas, había estado buscando, un tiempo en el que prácticamente había vegetado o vacacionado. Sólo sabía que había comido muy bien y había yacido con todas las hijas de Andradev que se habían acercado a él. Ignoraba cuántas habían sido y si con alguna había repetido.

Siempre las veía en la penumbra, casi en la oscuridad. Ahora, todo iba a ser distinto; comenzaría a trabajar de inmediato si es que la nave terrícola estaba en buenas condiciones como para atreverse a realizar un viaje interestelar, un viaje siempre lleno de peligros y problemas.

CAPITULO
X

Junto a la princesa llegó a la pequeña nave a la que subieron. Al ponerse en marcha y alejarse de aquella zona, Floid comprendió por qué no había descubierto la nave terrícola.

Se alejaron de la meseta y pusieron rumbo al océano tomando altura, quizá sobre los treinta o cuarenta mil pies por encima de las aguas.

Al cabo de algo más de una medía hora de viaje divisaron una línea de tierra que estaba en la margen opuesta del océano en la que había estado residiendo todas aquellas semanas.

Sobre un páramo descubrió una nave espacial con alas en delta retráctiles, desplegadas. Debían haber sido utilizadas para desplazarse por el interior de la atmósfera del planeta Xaloc sin consumir demasiada energía.

—¿Contento, Floid? —preguntó la princesa.

—Sí, parece que está bien.

Se posaron cerca de la gran nave terrícola que parecía un gigante al lado de la pequeña nave con que se habían acercado a ella.

Descendieron sobre un suelo duro y cuarteado por una sequía permanente. En aquella área del planeta existía una sequía salvaje que debía haber ahuyentado toda expresión de vida.

La nave era de un tipo que Floid Atom sólo recordaba haber visto en las videotecas, mas no parecía dañada en absoluto, por lo menos exteriormente. Su fuselaje había resisti- do el clima del planeta Xaloc.

—¿No hay por aquí fauna peligrosa?

—No, aquí no. Estamos a quinientos kilómetros de la costa.

—¿Por qué me llevasteis al otro lado del océano si la nave estaba aquí?

—Porque allí tenemos nuestro refugio y ya ves que te hemos traído igualmente adonde tú querías.

—Sí y casi parece un sueño. ¿Y dónde quedaron los muertos terrícolas?

—Los incineramos en su día.

—Bien.

Se enfrentó con la escalerilla que terminaba en una puerta cerrada. Junto a ella había un pequeño cuadrado o ventanilla que Floid empujó, dejando al descubierto un pulsador que oprimió.

La puerta emitió un chasquido, mas no se abrió automáticamente. Floid dedujo que estaba falta de energía, quizá porque los circuitos se hallaban desconectados.

Empujó la puerta y él y la princesa penetraron en la nave. Las

otras mujeres esperaron en su vehículo de acercamiento.

Para Floid Atom, tocar aquella nave construida antes de que él naciera, aquella nave posiblemente desaparecida antes de que él fuera alumbrado, era como tocar algo suyo, algo que le pertenecía, algo que le transmitía un mensaje y una seguridad.

Era como si durante mucho tiempo hubiera estado flotando en el espacio, sin gravedad, y ahora reencontrara un suelo donde apoyarse firmemente.

Lo observó todo con gran interés. La nave parecía preparada para grandes viajes y poseía un equipo de hibernación apto para seis personas. Aunque los mandos e incluso

las formas de las cosas le parecían algo primitivas dentro del mundo de la ingeniería y la arquitectura espacial, todo lo consideró correcto.

La princesa no decía nada, le observaba a él y le seguía por el interior de la nave. Arribaron a la sala de control de mando, una sala amplia con ventanales ahora cerrados por paneles protectores de acero-plástico. En toda la nave no semejaba haber más energía que la que alimentaba las luces piloto de emergencia y que les servían para desplazarse de un lugar a otro.

—¿Crees que te servirá?

—Parece estar bien, pero me temo que no tiene energía.

Se sentó en la butaca de comandante y comenzó a accionar mandos. Estos le fueron ofreciendo los datos que él requería, mas los indicadores vacilaban, apenas se movían y daban resultados negativos.

—Parece que no tiene energía ni para avanzar un paso; de todos modos, es algo que tendré que averiguar mejor. Quizá sólo tenga desconexiones de seguridad para evitar fu- gas de energía.

—Puedes comenzar a trabajar aquí desde hoy mismo. Cada día te vendremos a buscar al anochecer y te volverán a traer al día siguiente.

—Eso será mucho trabajo para vosotras; ignoro el tiempo que tardaré en ponerla a punto, si es que lo consigo.

—Nosotras te facilitaremos cuanto sea posible.

—¿Cualquier cosa? —insistió.

—Tenemos talleres; si alguna pieza se ha de construir nueva, es posible que te podamos ayudar.

—De acuerdo, esto me parece bien. Ahora mismo comenzaré a revisar la nave de popa a proa.

—Tienes tiempo por delante, es algo que es mejor que no hagas precipitadamente.

—No obstante, tengo una pregunta para hacer, si es que quieres responderla.

—Pregunta y ya veremos.

—¿Habéis estado vosotras antes por aquí dentro?

—Sí.

—¿Y no os habéis llevado nada?

—¿Qué podía interesarnos de esta nave que tiene una tecnología arcaica, comparada con la nuestra?

—Sí, eso es cierto.

Tras el suspiro del hombre, ella propuso:

—Vámonos, mañana por la mañana te volverán a traer aquí.

—No, yo me quedo aquí esta noche.

—No tienes alimentos ni agua.

—Si podéis traérmelos por la mañana, os lo agradeceré, pero esta noche me quedo aquí. Comenzaré ahora mismo a revisarlo todo, tengo que aprenderme bien el funcionamiento de esta nave, de cada uno de sus resortes.

—De acuerdo. Aquí nadie te molestará y tú solo no podrías alejarte de la nave. Todo es un desierto, no hay agua ni plantas, en cientos de kilómetros a la redonda.

—Lo dices como si tuvieras cierto miedo de que pudiera escapar.

—No creo que desees escapar de la nave que será vuestra salvación.

—Sí, claro.

Dejó de prestar atención a la princesa para ocuparse de cuanto le rodeaba. Todo era nuevo para él, mas podía entender cuanto habían escrito en cada rótulo sus antepasados, era su propio idioma.

Cuando quiso darse cuenta, la princesa había desaparecido.

Se acercó a la puerta y la abrió, mirando al exterior. Sólo vio aquella tierra cuarteada y reseca que quizá hacía miles de años pudo ser el fondo de un lago o de un mar ya de- saparecido.

Al alcance de sus ojos ni siquiera estaba la nave de las hijas de Andradev; posiblemente habían regresado a su refugio en el que tenían casi todo, aunque grandes monstruos las acosaran en el exterior.

Floid cerró la puerta y se embebió tanto en su labor que cuando se dio cuenta se había dormido tumbado sobre una mesa.

Alguien le agitó, despertándole, y entonces vio que era una de las hijas de Andradev que le traía alimentos.

—Tu desayuno, terrícola —le dijo.

—¿El desayuno, ya es de día?

Sacudió la cabeza y comprobó que la noche había pasado sin darse cuenta.

—Creo que debo tomarme todo esto con más calma —gruñó para sí.

Se alimentó y fue de un lado a otro de la nave durante todo el día. Al anochecer llegaron a la nave dos de las hijas de Andradev que pasaban a recogerle.

—Prefiero quedarme aquí —dijo Floid que ya no sabía ni lo que era un dolor de espalda, absorto como estaba en su labor de poner en marcha una nave tanto tiempo detenida.

—Dice la princesa que es mejor que vengas al refugio. Aquí no hay agua ni las condiciones son demasiado buenas, hace mucho calor y el sistema de refrigeración de la nave no funciona aún.

Era cierto. Floid había sudado mucho dentro de la nave, cuya temperatura era alta al mediodía. Cansado, aceptó que le llevaran al refugio. Cruzaron el océano y retornaron al refugio. Cuando vio el lago, deseó bañarse en él y así lo manifestó.

—Decidle a la princesa que primero me baño, me hace falta.

A la luz de las dos lunas se bañó en el lago sin que nadie le molestara. Regresó al refugio y allí se le abrieron las puertas. En la gran sala encontró una mesa con alimentos y una de las mujeres le invitó:

—Puedes cenar aquí, terrícola.

—Está bien.

Se sentó a cenar pensando e la cantidad de cosas que debía hacer. Había múltiples resortes agarrotados que se negaban a moverse y que él tenía que soltar uno a uno sin que se averiasen para que la nave pudiera responder. Debía comprobar el correcto funcionamiento de todo porque llegaría el día en que él y Bruna se introducirían en las cápsulas de hibernación.

Cuando se levantó de la silla, se sintió fatigado. Una de las hijas de Andradev fue en su busca.

Sumiso, fue tras ella y la mujer le condujo a una estancia distinta a la que había venido utilizando. Al abrir la puerta se encontró en una comodísima habitación sumida en penumbra y con una amplia cama. Olía bien y el ambiente resultaba muy agradable.

—¿Te encuentras bien, Floid?

Se volvió, encarándose con quien acababa de interpelarle mientras cerraba la puerta.

—Alteza...

La princesa se cubría con una especie de capa larga hasta los pies, era oscura y semitransparente. Aquella mujer de gran belleza se le acercó despacio y repitió la pregunta:

—¿Te encuentras bien, Floid?

—Sí, sí, estoy bien.

—Eres un gran macho.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tengo constancia de ello. Sé que nuestros varones fueron sanos y fuertes, inteligentes, pero una triste, diría que trágica enfermedad, pudo con ellos y desaparecieron. De no haber preparado a tiempo el banco de semen, se habría extinguido nuestra civilización.

—Sí, ya lo supongo.

—Floid, mañana regresaré a la nave y quiero que esta noche me ames con todo ese vigor que posees.

—¿A ti también, alteza?

—Sí, a mí sobre todas. Has estado varios días descansando, sé que esta noche puedes amarme con gran intensidad y deseo que así sea.

Floid Atom se notó de nuevo excitado, como tantas veces le había sucedido.

—Lo has hecho expresamente, ¿verdad? Habéis preparado mis alimentos para que yo os tome entre mis brazos, ¿no es cierto?

—Para hacer el amor es malo tener la cabeza demasiado fría. No temas, no hemos preparado nada nocivo ni sintético, sólo determinados jugos de frutas que se cultivan de forma natural en este planeta.

—Hubo una ocasión en que no tomé nada.

—¿Te refieres a cuando escondiste parte de tu desayuno en el balcón, por detrás de las rejas?

—Sí.

—Tonto, has estado siempre vigilado y protegido; constantemente ha habido un ojo artificial, una cámara que te ha estado

observando, aunque tú no 1a hayas visto. Vimos lo que hacías y se prepararon los alimentos que tú llegaste a esconder.

—¿Por qué?

—Porque pedíamos amor de ti.

—¿Y qué pretendéis con todo este juego?

—Hijos.

—¿Tú también?

—Sí.

—¿Por qué, si tenéis un banco de semen?

—No hagas preguntas, Floid, no hagas preguntas y amémonos.

El hombre no pudo negarse. Se embriagó con los alimentos que le habían preparado, con el perfume y la espléndida belleza de aquella mujer que poseía un color de cabellos distinto y unos ojos también diferentes.

Una vez más, pensó en Bruna, pero los excitantes alimentos borraron su capacidad para negarse a amar y aquella noche la pasó junto a la bella princesa.

CAPITULO XI

El tiempo había transcurrido sin que Floid se diera cuenta.

Había estado revisando la nave, pieza a pieza, comprobando todas las conexiones. El depósito de energía nuclear era más que suficiente para un largo viaje, sólo que había permanecido todo el tiempo bloqueado, evitándose así fugas que podían haber sido irremediables.

Había perdido completamente la noción del tiempo; habían transcurrido meses e ignoraba cuántos. Su obsesión era poner en marcha aquella nave y pedir que le devolvieran a Bruna para emprender el gran viaje de regreso.

Emocionado, se sentó al fin en la butaca anatómica que correspondía al comandante de la nave y comenzó a pulsar botones y a cambiar resortes. Las luces piloto fueron encendiéndose.

—Esto ya funciona —se dijo, casi trémulo de emoción.

La gran nave comenzó a vibrar como desentumeciéndose y las toberas de propulsión dejaron oír un silbido muy agradable para Floid Atom.

Las corazas de los cristales estaban apartadas y pudo ver el exterior frente a él.

—¡Bruna, Bruna, esto ya va!

Movió la palanca de puesta en marcha y la nave se desplazó sobre una especie de patines que tenía bajo su panza. Floid la hizo avanzar unas decenas de metros y luego la hizo girar lentamente, comprobando que obedecía y que todos los mandos reflejaban bien el comportamiento de la gran nave.

—Magnifico —dijo, cerrando los movimientos y desconectándola bolón a botón, resorte a resorte, palanca a palanca.

El lugar para preparar el despegue era ideal. Aquel tipo de naves, por ser un modelo antiguo, precisaba un astródromo para poder despegar y aquel desierto era adecuado para lo que deseaba.

No podía dirigirse con ella al refugio porque allí carecía de espacio debido al arbolado y a la gran envergadura de la nave que tendría una longitud superior a los doscientos metros.

Satisfecho, rezongó:

—Sólo falta llenar los frigoríficos de alimentos y agua y luego, ¡rumbo a la Tierra!

Deseó tener un cigarrillo para fumárselo, pero aquél era un vicio que las hijas de Andradev desconocían.

Aguardó ansioso la llegada del vehículo que le retornaría al refugio. Al mirar a la conductora, pues últimamente sólo venía una, comprobó que conservaba algo de su hermosura pasada, pero más que madura, le pareció una vieja.

Como si despertara de un sueño, pues todo el tiempo lo había pasado absorto en su trabajo, se percató de que, poco a poco, las hijas de Andradev le habían ido pareciendo más y más viejas, sin que supiera a qué atribuir tal hecho.

Recordó que desde que yaciera con la princesa no había hecho el amor con ninguna más y ni siquiera se había sentido excitado sexualmente. Le habían dejado tranquilo y a él le había parecido bien.

Al llegar al refugio se encontró con la mismísima Zarama que le recibió con una sonrisa intrigante. Floid le dijo abiertamente:

—Quiero reunirme con mi compañera, la nave terrícola ya está lista.

—Lo sabemos.

—¿Por eso estás tú aquí?

—Sí.

— ¡Bien, pues quiero pediros algo más!

—¿Agua y alimentos?

—Parece que leas en mi pensamiento.

—No es que lea tu pensamiento, terrícola, es que conozco tus necesidades.

—Bien. ¿Cuándo tendré lo que necesito?

—Antes de una semana. Ya se encargarán de llevar los alimentos a tu nave. Ahora, tú vendrás a nuestra nave espacial, la princesa desea verte.

—Y yo también a ella; hace muchos meses que no la veo.

—Nueve.

—¿Tantos? —se sorprendió.

—Sí, tantos, sígueme.

Siguió a Zarama que le condujo a una de las naves de transporte. Despegaron del planeta Xaloc y tomaron altura hasta traspasar la atmósfera de aquel planeta azul, tan semejante a 1a propia Tierra. Ya libres de la poderosa gravedad, se lanzaron a la búsqueda de la nave esférica y negra que seguía orbitando el planeta como un satélite más.

La puerta de la gran nave se abrió majestuosa y apareció su luz indicadora.

La pequeña nave se introdujo en ella dentro del óvulo femenino. Se cerró la compuerta de la gran nave-madre y el hangar volvió a presurizarse, recuperando la atmósfera. Abandonaron aquella nave que servía para viajes cortos y Floid siguió a Zarama que le condujo a la sala de la princesa o de mando de la nave. La mujer se acercó a la mesa y pulsó un botón.

—Ahora vendrá la princesa —dijo.

—Por cierto, ¿sabéis qué fue de los folomitas?

—Si. Iniciaron un largo viaje y se han aposentado al 'sur del continente. Les hemos seguido con nuestros teleobjetivos, nos interesaba saber si enfermaban y si les iba bien.

—¿De modo que están bien?

—Sí.

—¿Y los otros seres, aquellos que parecían tortugas?

—Les dimos la libertad, pero en otro continente, mientras tú estabas ocupado en la restauración de tu nave, aquí les hubieran

devorado las fieras. Son unos seres con una inteligencia muy ingenua.

—¿En ese otro continente no hay fieras?

—No como aquí. Ahí llega la princesa.

La princesa entró, sonriente. Se veía muy hermosa.

—Hola, Floid, sé que has puesto a punto tu nave.

—Gracias a vosotras. Ahora, aunque ya me he acostumbrado a vuestra presencia, deseo marcharme. Estoy ansioso por reunirme con mi compañera.

—Zarama...
—Sí, alteza.
—Ve a buscarla.
—Ahora mismo, alteza.
Floid la vio alejarse y dedujo que si Zarama hubiera sido la princesa, posiblemente jamás se habría reunido con Bruna.
—Floid, todo ha sido magníficamente bien.
—¿La reparación de la nave?
—Eso también, pero, sobre todo, nuestro experimento.
—¿Y cuál era ese experimento?
—Comprobar que el virus que aniquiló a nuestros varones ha desaparecido.
Floid se llevó la mano a la frente corno si de pronto comprendiera muchas cosas tras oír aquellas palabras reveladoras.
—¿De modo que yo he hecho de conejo de indias?
—No sé qué quieres decir con eso del conejo de indias...
—Pues, que habéis probado conmigo si el virus existía aún.
—Así es. Contigo y con los folomitas, a los que tampoco hemos perdido de vísta por si enfermaban, y con los otros seres que no han ofrecido ningún problema; no obstante, quien más interesaba eras tú, porque aunque hayamos nacido en planetas distintos, eres igual que nosotras.
—Pero ¿cuál es vuestro planeta?
—Xaloc.
—¿No era Andradev?
—Siento haber tenido que mentirte pero no podíamos revelarte cuáles eran nuestros planes. Pronto lo comprenderás.
Floid suspiró.
—Sigue, sigue, quiero saber más.
—Tenemos una ciudad en otro continente por el que tú no has pasado, pero estamos lejos de ella. Os hemos mantenido en este lugar virgen del planeta para poderte observar bien, dejándote cierta libertad. De este modo, el experimento era mucho más natural.
—Pues, ya ves, no he enfermado.
—Ese es gran parte del éxito pero, aún hay más.
La princesa encendió la pantalla de televisión y en ella, a color y en tres dimensiones, apareció un bebé humano tendido sobre una pequeña colchoneta.
—¿Qué es esto?
—Míralo bien, Floid, míralo bien porque es tu hijo.
—¿Mi hijo?
—Sí, éste lo alumbré yo hace pocos días, pero hay más.
—¿Más? —repitió, atónito.
—Sí, más. Hasta ahora sólo nacían niñas, los niños resultaban

abortos, víctimas de la misma enfermedad de la cual murieron nuestros varones, pero tu sangre nueva ha hecho el milagro.

—¿Todo esto también estaba planeado?

—Si, probamos y ha resultado. Cuando descubrimos que las primeras mujeres que

habían gozado de tu amor estaban embarazadas, decidí ser madre yo también. Eramos y digo éramos, porque ya no lo somos, una civilización moribunda. Ahora ya tenemos un puñado de niños y niñas que serán nuestro futuro.

—Comprendo por qué cada vez veía a mujeres más viejas...

—Sí, las jóvenes estaban encinta y fueron supliéndolas en sus puestos las más mayores de la colonia que hay a bordo.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Zarama acompañada de Bruna que parecía estar flotando.

—¡Floid!

—¡Bruna!

Se abrazaron. De súbito, como recordando algo, ella se apartó bruscamente.

—¡Eres un sátiro!

—¿Un sátiro?

—Bruno, mira a la pantalla —le pidió la princesa.

Bruna se quedó contemplando el hermoso bebé de cabellos rubios y ojos púrpura.

—¿Qué significa esto?

—Alteza, no se lo digas —carraspeó Floid.

—Es mejor que lo sepa. Después de todo, tú no has sido culpable de nada. —Miró a Bruna y añadió—: Este niño es de Floid.

—¿Un niño de Floid? ¡No es posible, un niño no nace así como así! —protestó Brun^ con vehemencia.

—Has estado durmiendo durante nueve meses para que no sufrieras. Teníamos que apartarte de él para que Floid se ocupara de nosotras.

—Claro y bien que se ha ocupado, haciendo un niño.

—Un niño, no, muchos niños —corrigió Zarama.

—¡Eres, eres un...!

—¿Yo? Yo estaba solo allá abajo poniendo en marcha una nave para que regresemos a la Tierra. No he podido hacer nada para evitarlo.

—¿No, eh?

—No, no ha podido —corroboró la princesa—. Lo preparamos todo para que no fuera capaz de rechazar nada.

—Me drogaron... Debes creerme, Bruna.

—Te drogaron, y tú la mar de contento haciendo niños, ¿no?

—Ha trabajado mucho, Bruna —puntualizó la princesa—,

Tampoco tú eres culpable de haber estado durmiendo.

—¡Claro que no, me narcotizaron!

—Sí, y a mí me drogaron...

La princesa sonrió levemente y explicó:

—Cuando deliró a causa de sus heridas, él te llamó a ti, terrícola, a nadie más. Lo nuestro sólo ha sido una experiencia preparada por nosotras y alegrémonos de que haya salido bien. Floid ha salvado a una civilización agonizante, él será el nuevo padre de nuestra sociedad y a nuestra capital, que un día fue importante y que ahora está desierta porque toda la comunidad la componemos los que habitamos esta nave que se lanzó a una desesperada búsqueda de sangre nueva hasta que dimos con vosotros, a esa capital a

la que ahora regresaremos, la llamaremos Floid.

—¡Hombre, gracias; es un detalle!

—No digas gracias, te lo has ganado a pulso —rezongó Bruna entre dientes.

—Seguidme y os mostraré toda la nave.

Siguieron a la princesa y no tardaron en darse cuenta de que apenas habían visto nada de la nave; sólo habían estado en contacto con las mujeres más jóvenes de la colonia.

Pasaron a la sala de ancianas y en cada lugar donde Floid entró, recibió aplausos, sonrisas y besos. Bruna lo contemplaba todo hosca, sin decir nada, sin sonreír. Pasaron a la sala de infancia y pudieron ver a las niñas nacidas todavía en el sistema anterior, niñas todas ellas mayores de diez años.

—¿No hay pequeñas? —preguntó Bruna.

—No, se agotó nuestro banco de semen, por eso teníamos que tomar toda clase de medidas para que nuestro plan funcionara. Tampoco podíamos revelar nuestra debilidad, pero estábamos condenadas a la extinción. Ahora ya tenemos futuro porque tú, Floid, no has enfermado.

—Bueno, yo no me daba exacta cuenta de lo que sucedía, es decir, de quiénes eran las que venían a visitarme... ¿Cuántas mujeres estuvieron conmigo?

—Todas las jóvenes —respondió sencillamente la princesa, sin ambages.

—Entonces, sólo me falta una...

—¿Encima, te falta una? —se enfureció Bruna.

—Sí.

Miró a Zarama y se le acercó, achicando los ojos. La jefe de seguridad lo miró, al principio sonreía, pero la sonrisa se le fue borrando del rostro y comenzó a retroceder.

—¡No te acerques a mí, terrícola, no te acerques!

—Tienes mi permiso, terrícola —dijo la princesa sin moverse de donde estaba.

—¡No, terrícola, no!

Zarama, la jefe de policía, siempre tan segura y arrogante, echó a correr, huyendo, pero Floid fue tras ella.

EPILOGO

Los motores de la nave comenzaron a silbar con fuerza. No muy lejos estaba la pequeña nave de transporte de las hijas de Xaloc, pues eran de Xaloc y no del imaginario planeta al que llamaran Andradev.

—¿Preparada para la marcha, Bruna?

—Preparada —asintió ella.

Bruna y Floid se hallaban acomodados en las butacas anatómicas. Floid empujó la palanca y la nave comenzó a avanzar, primero despacio y pesadamente, luego adquirió velocidad y terminó elevándose, apuntando al cielo al que se dirigían, atronando con sus poderosos motores.

Surcaron la atmósfera y salieron de ella con un gran impulso. Floid no detuvo los motores y aumentó el impulso de alejamiento del planeta para conseguir una mayor velocidad de crucero. Ya puesta la gravedad artificial, abandonó la butaca y Bruna también.

—Ahora, sólo falta que el viaje sea bueno y no volvamos a toparnos con una nube de meteoritos —observó el hombre—. Podemos conectar con la princesa a través del televideo.

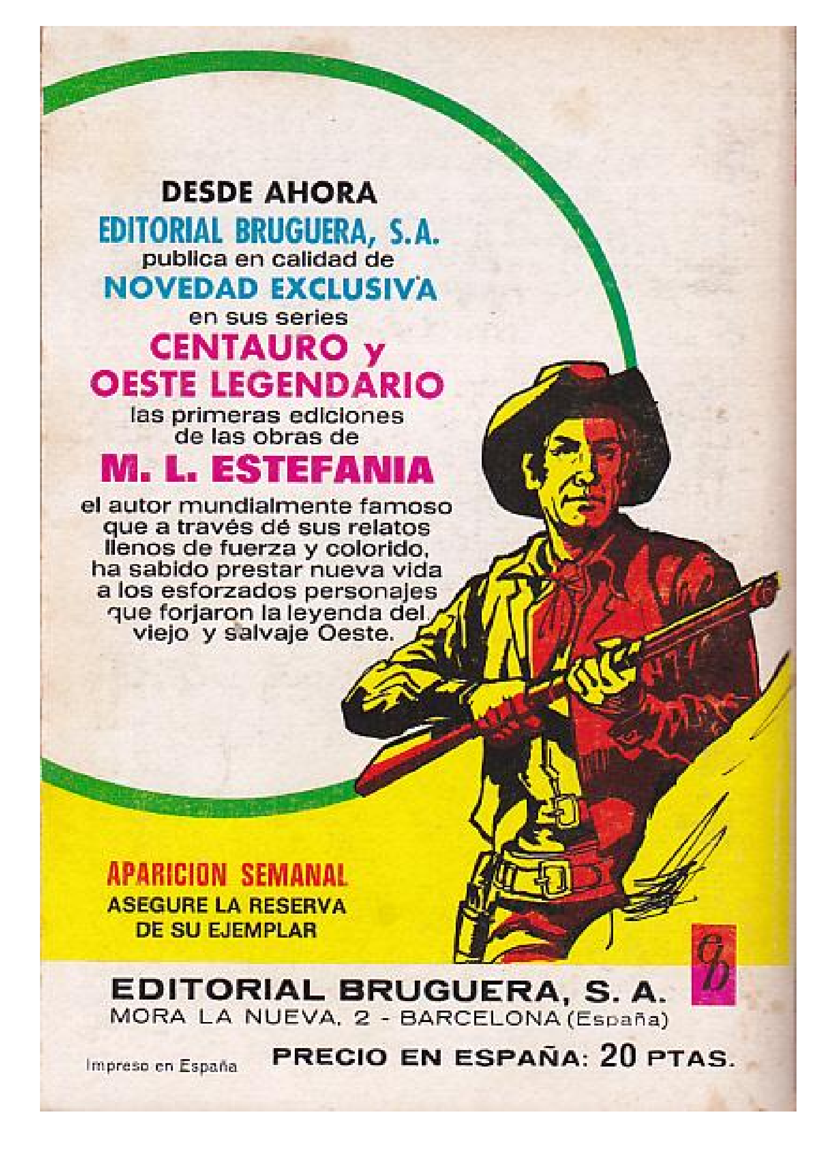
—No, no, ahora no, ya las has visto bastante, ¿no crees?

—Pues...

—Mira, Floid, tú eres un terrícola, yo soy una terrícola. Dejemos a un lado qué hayas salvado a toda una civilización agonizante, pero ahora me toca a mí.

Bruna alzó sus brazos y le rodeó el cuello, apresándolo. Buscó ansiosamente sus labios mientras la nave terrícola se alejaba más y más del planeta Xaloc.

FIN


DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.
APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
Impreso en España
PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.